



UNIVERSIDAD DE JAÉN
Centro de Estudios de Postgrado

Trabajo Fin de Máster

DE CASTIGLIONE A GRACIÁN: EVOLUCIÓN DEL ARQUETIPO HUMANO DESDE EL CORTESANO AL DISCRETO

Alumno/a: Torres Herrera, Inmaculada

Tutor/a: Prof. D. Eduardo Torres Corominas
Dpto: Literatura española

Noviembre, 2017

ÍNDICE

1. Introducción.....	3-4
2. El universo cortesano: contexto histórico, político y social.....	5-10
3. Análisis de algunos tratados de cortesanía.....	11
3.1. <i>El cortesano</i> de Baldassare Castiglione.....	11-18
3.2. <i>Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea</i> de fray Antonio de Guevara..	18-25
3.3. <i>Filosofía cortesana moralizadora</i> de Alonso de Barros.....	26-31
3.4. <i>Galateo español</i> de Lucas Gracián Dantisco.....	31-38
3.5. <i>El discreto</i> y el <i>Oráculo manual y arte de prudencia</i> de Baltasar Gracián.	38-52
4. Conclusiones: evolución del cortesano al discreto.....	53-56
5. Bibliografía.....	57
5.1. Bibliografía primaria.....	57
5.2. Bibliografía secundaria.....	57-59
6. Anexo.....	60

RESUMEN

El presente trabajo estudia la evolución del arquetipo humano del cortesano al discreto, partiendo de la obra de *El cortesano* de Baldassare Castiglione hasta *El Discreto* o el *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián, pasando por textos de fray Antonio de Guevara (*Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*), Alonso de Barros (*Filosofía cortesana moralizada*) o Lucas Gracián Dantisco (*Galateo español*). Para ello, se ha realizado un estudio particular de las principales obras escritas en castellano pertenecientes al discurso cortesano; un estudio comparativo de las obras analizadas: modalidades discursivas, temas, etc.; y, la interpretación de las líneas maestras que marcan el paso del cortesano al discreto a partir de las observaciones extraídas.

ABSTRACT

In this work, the evolution of human archetype is studied from the courtly to the discreet, starting from the work of *El cortesano* of Baldassare Castiglione to *El Discreto* or the *Oráculo manual y arte de prudencia* of Baltasar Gracián, going through the texts of fray Antonio de Guevara (*Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*), Alonso de Barros (*Filosofía cortesana moralizada*) or Lucar Gracián Dnatisco (*Galateo español*). For that, a particular study has been done of the main written works in Spanish which they belong to courtly speech; a comparative study of the analyzed works: discursive modalities, topics, etc.; and, the interpretation of the master lines which mark from the courtly to the discreet since the extracted observations.

1. Introducción

El presente trabajo se centra en el estudio del arquetipo humano predominante en la sociedad política del Antiguo Régimen durante los siglos XVI y XVII. Dicha evolución ha sido descifrada gracias al análisis de algunas de las obras que componen el llamado discurso cortesano –tratados de cortesanía, libros de avisos y literatura anticortesana– en las que quedó cifrado el sistema de valores y la forma de vida del hombre del Siglo de Oro en su paso del cortesano al discreto.

El principal objetivo del estudio es analizar la evolución del arquetipo humano del cortesano al discreto, partiendo de la obra de *El cortesano* de Baldassare Castiglione hasta *El Discreto* o el *Oráculo manual y arte de prudencia* de Baltasar Gracián, pasando por textos de fray Antonio de Guevara (*Menosprecio de corte y alabanza de aldea*), Alonso de Barros (*Filosofía cortesana moralizada*) o Lucas Gracián Dantisco (*Galateo español*).

Por otro lado, los objetivos específicos del trabajo son el estudio particular de las principales obras escritas en castellano pertenecientes al discurso cortesano; comparar sus modalidades discursivas, temáticas, cosmovisiones, etc.; y por último, interpretar las líneas maestras que marcan el paso del cortesano al discreto a partir de las observaciones extraídas. Para ello, ha sido necesario llevar a cabo una lectura analítica de las obras mencionadas y de bibliografía crítica para la interpretación de los textos.

Estos tratados de cortesanía tienen una importancia trascendental no solo porque presentan modelos arquetípicos que se erigieron en referente para los individuos, sino también, y sobre todo, porque acertaron a cifrar, a partir de un procedimiento empírico, los rasgos fundamentales del hombre de cada período. Así las cosas, estas obras representan un extraordinario testimonio del sistema de valores y la forma de vida predominantes entre los grupos privilegiados del Antiguo Régimen, aquellos que, desde la Corte real, se fueron expandiendo paulatinamente por emulación a toda la sociedad cortesana. A ella pertenecían todos aquellos que, por razón de rango, debían mantener una existencia decorosa, marcada por el signo de la distinción y las buenas maneras, en la escena social.

En definitiva, este tema ha sido abordado porque resulta capital para conocer el sistema de valores y la forma de vida propios del hombre de la Corte, el verdadero protagonista de la sociedad política del Antiguo Régimen. A partir de su conocimiento cabal resultará mucho más sencillo comprender el universo recogido en la literatura de ficción, tantas veces mal interpretado por un problema de enfoque. Este trabajo, por tanto, podrá

beneficiar a todos los estudiosos del Siglo de Oro que aspiren a adquirir una metodología más precisa y fiel a los hechos.

2. El universo cortesano: contexto histórico, político y social

Para conocer el origen de la cortesanía debemos reconstruir el contexto social, histórico, cultural y filosófico en que surgió y adquirió carta de naturaleza. La cortesanía, entendida como ciencia, es el resultado de una extensa transformación en el sistema de valores y la forma de vida que, según Eduardo Torres (2010), se operó en el marco de las grandes y pequeñas cortes europeas desde finales de la Baja Edad Media.

El factor clave para que dicho proceso de transformación comenzase, de acuerdo con Eduardo Torres (2010: 1187), fue “el cambio de equilibrio en la relación entre nobleza y monarquía”. Este cambio de equilibrio se produjo cuando la Corona comenzó a controlar los recursos económicos y militares del reino; y se originó lo que se conoce como nobleza de servicio. A través de este camino, la nobleza se incorporaba a los canales de distribución de la gracia. Así, se establecía un estrecho vínculo entre nobleza y monarquía, en el que la aristocracia ofrecía, según Eduardo Torres (2010: 1188) “sus servicios personales y la lealtad de sus posesiones territoriales, a cambio de cierto pago efectuado por el príncipe mediante la concesión de cargos, oficios y mercedes de naturaleza diversa que reportaban al beneficiario tanto honor como dinero”. Como consecuencia de este cambio de equilibrio, con el paso del tiempo surgió el sistema político de corte y la formación de la sociedad cortesana, que gravitaba en torno a la figura del monarca.

En este sentido, es necesario destacar la labor político-social de Enrique II, pues durante su reinado se reformó el Consejo Real hasta convertirlo en instrumento de gobierno al servicio de la Monarquía: se incorporó a los letrados a las audiencias, en lugar de convocar a los hombres de armas. Además, a nivel económico, recurrió a los judíos para que se encargasen de la Contaduría Mayor de la corte, pues estos tenían una mayor cualificación financiera, ya que practicaban las actividades bancarias desde hacía siglos. Juan I continuó con la centralización del Consejo Real, de cuyos miembros cuatro pertenecían a la nobleza (caballeros), cuatro al clero (prelados) y cuatro al estado llano (ciudadanos). Su labor no era otra que atender al reino y asesorar al rey (Torres, 2010).

Como puede observarse, la nueva nobleza de servicio, formada por letrados y financieros judíos, iba penetrando paulatinamente en la corte a través del sistema de la gracia. Como consecuencia, esto provocó el descontento de la nobleza de cuna, que alentó diferentes conjuras destinadas a limitar y supervisar el poder del príncipe. Desde este momento hasta tiempos de Enrique IV se produjeron diversas guerras civiles, que condujeron a una gran inestabilidad en el sistema político. En 1464, tuvo lugar la farsa de Ávila, donde Enrique IV

fue destronado por la alta nobleza española. No obstante, a pesar de que habían destronado al rey, no establecieron un órgano de poder aristocrático, sino que tuvieron la necesidad de mantener una figura representativa para que el reino funcionase correctamente.

No fue hasta 1492, con el matrimonio de los Reyes Católicos, Fernando II de Aragón e Isabel I de Castilla, cuando el reino se unificó en su totalidad y comenzó a expandirse. La unificación fue tan rotunda que la nobleza ya no podía rebelarse contra la corona. Así, consiguieron mantener una posición de equilibrio por encima de la aristocracia. En este momento, todo noble que quisiese obtener un favor real tenía que dirigirse a la Corte. El imperio que construyeron los Reyes Católicos reportó cantidades grandiosas de dinero, que incrementaron su capacidad de influencia. Gracias al aumento de la riqueza, se distribuyó la gracia por todos los rincones del reino. A la vez que el territorio se iba unificando, se unieron también la nobleza, el clero y las oligarquías urbanas, que formaron parte de la sociedad política desempeñando oficios de la Corona. De este modo, podían obtener favores y beneficios reales. Los Reyes Católicos consiguieron una posición privilegiada, pues se erigieron, en palabras de Eduardo Torres (2010: 1992), como “árbitros del tablero político”.

La unificación y expansión del reino trajo consigo la creación de las redes clientelares, a través de las que se distribuían los oficios reales. Algunos de estos oficios son el de consejero, secretario, contador, mayordomo, embajador o escribano, entre otros. Dichos oficios estaban integrados en la Corte, de la que recibían los cargos y pagas. Esta posición elevada les obligaba a comportarse en todo momento con distinción, decoro y honor, como era de esperar en los servidores del rey. En uno de sus trabajos Álvarez-Ossorio (1998: 265) explica en qué consiste cada uno de estos elementos, por un lado, la distinción “implica la manifestación exterior del rango”, es decir, se vuelven más suntuarios; el decoro “exige una inmediata correlación entre el ser y el aparente”; y, por último, el honor vinculado con el decoro “recogen el conjunto de obligaciones que conlleva la pertenencia a un estamento hegemónico”. Así, surgió la sociedad cortesana que, según Eduardo Torres (2010: 1192), “gravitaba en torno al poder real y reproducía, [...], unas determinadas pautas de conducta —basadas en la lógica del servicio—merced, esto es, en un vínculo de origen vasallático adaptado a los tiempos— que afectaba de lleno [...] a su «forma de vida»”. Este orden estamental, según Álvarez-Ossorio (1998: 264), “se cimenta sobre una estricta correspondencia entre rango y forma”.

El surgir de la sociedad cortesana trajo consigo un gran cambio en el arquetipo humano propio de las clases privilegiadas, que hubieron de sumar las letras al antiguo oficio de las armas. La época de los caballeros había terminado. Los conflictos se resolvían ahora de

manera más sutil, utilizando como armas la prudencia o la discreción. Esta modificación formó parte del proceso de civilización, que refinó el comportamiento del ser humano. No obstante, este proceso no pudo evitar que siguieran sucediéndose guerras, si bien cambiaron notablemente las técnicas de combate con el desarrollo de la pólvora y de la artillería, que perjudicó a la vieja caballería feudal, pues ya no formaba parte de los ejércitos, que ahora se nutrían principalmente de cuerpos de infantería conformados por mercenarios pagados por la Hacienda real.

Desde este momento, para poder alcanzar un oficio en la Corte era necesario adquirir una formación intelectual, pues, como apunta Eduardo Torres (2010: 1194), estos puestos estaban siendo ocupados por letrados, clérigos o financieros judíos. Durante esta época, hubo diversos ejemplos de caballeros letrados como el Canciller Ayala, el Marqués de Santillana o Juan de Mena, entre otros, que se encontraban en “un eslabón intermedio entre el *bellator* medieval y el moderno *gentiluomo*”. Suceden diversos conflictos vinculados a este asunto, por un lado, el que se da entre la nobleza de cuna y la nobleza de mérito, tal y como explica Álvarez-Ossorio (2001: 39): “uno de los pilares de la concepción estática del orden social durante el Antiguo Régimen se levantaba sobre la noción de nobleza”; y, por otro, la cuestión de los judíos y conversos, que despertaban la envidia de muchos aristócratas. Este último hecho, generó un conflicto de intereses que dio paso a la formación de la Inquisición española en 1480 destinada, en principio, a terminar, en palabras de Eduardo Torres (2010: 1195), con “la carrera política de numerosos conversos a través de un tribunal religioso puesto en manos de los sectores más intransigentes”.

Este enfrentamiento político-social afectó de lleno a la espiritualidad española, pues el reino se encontraba dividido entre dos sensibilidades. Por un lado, los defensores de un catolicismo formalista e intransigente; y, por otro lado, un cristianismo intimista y vivencial. El primer grupo lo formaban los conocidos como cristiano-viejos, que se valían de la religión como instrumento de control social. El segundo grupo era próximo a la observancia franciscana, cuyo objetivo era la búsqueda de rigor en las formas de devoción, es decir, eran intimistas y tolerantes frente a la diversidad. En dicho grupo tomaba parte Isabel la Católica y dio paso, posteriormente, a la mística. A mediados del siglo XVI, muchos de los conversos que se habían integrado en la Corte se vieron sorprendidos por un movimiento de defensa que estableció unos estatutos de limpieza de sangre, es decir, todos los que no pudiesen acreditar la claridad de su linaje o, por decirlo de otro modo, que no compartiesen los vínculos personales y el ideario de facción cortesana que se iba gestando cada vez con mayor fuerza, debían dejar de formar parte de la Corte.

Durante esta época, se desarrolló un movimiento cultural clave, el Humanismo clásico, que dará paso posteriormente al Clasicismo. En cuanto a la lírica, en España, se produjo un gran cambio entre la Edad Media y el Renacimiento, pues durante la Edad Media se desarrolló la poesía cancioneril; y, a partir del Renacimiento, se introdujeron en España nuevos ritmos métricos como el soneto, la silva, la lira o la estancia, gracias a Garcilaso de la Vega que, tras viajar a Italia, pudo conocer la poesía petrarquista. No solo se introdujeron nuevos ritmos métricos, sino también las églogas. Por tanto, puede decirse que Italia fue una gran intermediaria en el surgir del Humanismo español. Finalmente, la poesía cancioneril de la Edad Media y la renovada lírica del Renacimiento se fusionaron dando paso a la poesía de los siglos XVI y XVII. En este momento, la Corte se convierte en un espacio en que se desarrollan las vanguardias literarias y, de hecho, adoptar la lengua literaria de Garcilaso y asumir la poética petrarquista llegaron a constituir rasgos de distinción propios de un modo de versificación cortesano.

Respecto a la espiritualidad, en un momento dado, los cortesanos se agruparon en torno a diferentes facciones. Erasmo de Rotterdam fue uno de los mayores representantes y defensores del Humanismo cristiano —paralelo al Humanismo clásico—, cuyo principal objetivo era reformar la iglesia para recuperar el espíritu del cristianismo primitivo y crear una iglesia nueva. Esto alentó la rebelión política, ya que la disidencia religiosa fue aprovechada por los nobles alemanes para enfrentarse al emperador Carlos V. Para mantener la paz, era necesaria la homogeneidad en el sistema de creencias, esto fue lo que dio lugar a la política confesional de Felipe II.

En 1550, la tolerancia respecto a las ideas de Erasmo de Rotterdam estaba desencadenando consecuencias negativas para el poder político, lo cual no podía permitirse. Por tanto, sus obras fueron perseguidas y algunos de sus seguidores fueron torturados. Comienza a reproducirse el problema de Alemania en suelo español. Se produjo un punto de inflexión, en el que fue decisiva la aparición de Fernando de Valdés, inquisidor general que, en dos años, consiguió amedrentar a todos. Su política dio lugar a la Pragmática de Impresión de 1558, donde se establece un doble nivel de censura, a favor de la defensa del Catolicismo y en contra del Erasmismo, Protestantismo, Judaísmo o Mahometismo. Durante todo este periodo, tuvo lugar el Concilio General de Trento, que consistió en veinticinco reuniones de miembros de la Iglesia católica, entre los años 1545 y 1563, que trajo como consecuencia una etapa de confesionalismo católico, la estabilidad en el sistema religioso.

A la vez que se daban todos estos cambios en el ámbito político, se iba gestando una gran evolución en el hombre, el paso del caballero medieval al caballero letrado, que había

sido propuesto por la ciencia de la cortesanía. Esta evolución trajo consigo varios cambios. Uno de ellos, de acuerdo con Eduardo Torres (2010: 1196), fue amoldar valores asociados a las armas, como la fortaleza, el valor o la lealtad, a la nueva realidad cortesana. Tal y como explica, diversos valores que caracterizaban al caballero medieval siguieron perviviendo en el cortesano, como “la exigencia de una alta cuna, la defensa del honor, la práctica de la libertad, la adquisición de buenos hábitos, la cortesía en el trato, el servicio a la dama o la cordura en las acciones personales”.

Uno de los valores fundamentales para la formación de un buen cortesano era adquirir una buena educación. Algo que si ya era importante para formarse como caballero, más lo fue para el cortesano, pues, en palabras de Eduardo Torres (2010: 1196) “necesitaba de la razón, la filosofía moral y las buenas maneras no sólo para mostrar su pertenencia a las altas esferas del honor, sino para moverse con decoro y garantías de éxito en el intrincado laberinto de palacio”. De modo que surgieron obras de carácter pedagógico que ayudaban a formar un nuevo hombre, es decir, un perfecto cortesano. Estas obras fueron escritas por los humanistas más destacados de la época, quienes, gracias a ello, encontraron acomodo en la Corte o en las casas de la alta nobleza para ejercer como instructores de los más jóvenes. Así, se fue formando el *gentiluomo*.

Sin embargo, no fue hasta el periodo de gobierno de Carlos V cuando llegó esta nueva tipología de hombre a España. Pues, en este momento, la corte del Emperador consiguió hacerse internacional, gracias a que, como apunta Eduardo Torres (2010: 1197), comenzaron a formar parte de la Monarquía española servidores y nuevas instituciones procedentes de Flandes, Portugal e Italia. La expansión de la Corte hizo posible la multiplicación de Consejos y casas reales, y el crecimiento y diversidad del personal dependiente de la Corona. Este hecho favoreció al Estado Español, tanto en el plano geográfico como en el cultural, pues supuso un gran intercambio de ideas entre las distintas tradiciones. Algunas de las ideas más destacadas fueron las aportadas por el erasmismo, en el ámbito espiritual; o, en el ámbito poético, la introducción del verso endecasílabo, que hizo posible que surgieran nuevos movimientos culturales. Tal y como explica Álvarez-Ossorio (1990: 259):

La Corte ya no se considera un reducto extravagante de ostentación y refinamiento, sino que [...] se comienza a interpretar como un «núcleo duro» donde se generan procesos sociabilizadores [...], nuevas pautas de comportamiento y sistemas de creencias que se proyectan sobre el conjunto de la sociedad.

Paulatinamente, el discurso cortesano adquirió una dimensión europea, pues según Eduardo Torres (2010: 1198) así lo “acreditan las innumerables ediciones y traducciones que difundieron” autores como Castiglione con su obra *El cortesano*, fray Antonio de Guevara con su *Aviso de privados y doctrina de cortesanos* y, posteriormente, Della Casa con su *Galateo*, del que proviene la adaptación al español realizada por Lucas Gacián Dantisco, *Galateo español* o Guazzo con *La civil conversazione*, entre otros.

Eduardo Torres (2010: 1198) explica que todas estas obras compartieron un mismo movimiento: “la proyección de principios racionales —extraídos fundamentalmente del pensamiento clásico— sobre el contexto vital del cortesano”. Este contexto estaba dominado por la Fortuna y, a su vez, el cortesano tenía que controlar sus pasiones, es decir, tenía que ejercer sobre sí un duro proceso de autocontrol tanto en lo que concierne a la mente como al cuerpo para llegar a buen puerto. En este momento, tal y como explica Álvarez-Ossorio (2010: 54): “Madrid era la ciudad donde los ambiciosos trataban de mudar de estado, bajo el caprichoso imperio variable de la fortuna. La Corte era la plaza de los negocios, el teatro de las pretensiones”. Por ello, según Eduardo Torres (2010: 1199), conceptos como “razón, prudencia, discreción, medida, moderación, decoro, soltura o gracia” fueron una y otra vez repetidos durante una larga tradición literaria en la que convivieron textos de diversa índole hasta conformar tres tipologías, entre las que se encuentran los tratados de cortesanía, los libros de avisos y las sátiras anticortesanas.

Los tratados de cortesanía establecían un modelo de comportamiento para la vida en corte. Entre estos libros encontramos: *El cortesano* de Castiglione o *Galateo español* de Lucas Gracián Dantisco. Por otro lado, los libros de avisos reunían consejos y principios de sabiduría práctica destinados a orientar al cortesano, muestran el hilo para encontrar la salida, sobrevivir y medrar, entre ellos se encuentran: *Oráculo manual y arte de prudencia* o *El discreto* de Baltasar Gracián. Por el contrario, las sátiras anticortesanas eran obras destinadas a la crítica moral de la vida cortesana y ponían en evidencia sus falsedades, tópicos, mentiras, etc., entre ellas encontramos, por ejemplo, *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea* de fray Antonio de Guevara. Las obras fueron conocidas por toda Europa y esto dio lugar a un sustrato cultural común en Occidente, esto es, la cultura de corte se configura más o menos igual en las distintas cortes europeas.

3. Análisis de algunos tratados de cortesanía

3.1. El cortesano de Baldassare Castiglione

La obra de Baldassare Castiglione es el tratado de cortesanía por antonomasia, pues se erigió como modelo para los tratados postreros. En cuanto a la trayectoria vital del autor, puede decirse que fue un hombre que estuvo relacionado con el universo cortesano, pues ya en su juventud frecuentaba las más importantes cortes europeas, tal y como señala Eduardo Torres (2010: 1201), frecuentó “desde la [corte] de Ludovico el Moro, en Milán, a la española de Carlos V, pasando por la refinada corte de Urbino o las pontificias de León X y Clemente VII”. Gracias a Clemente VII, pudo adquirir experiencia cortesana, pues trabajó no solo como militar, sino también como diplomático y humanista.

Hacia 1524, Julio de Médicis –papa Clemente VII– lo nombró nuncio de la Santa Sede en España, Castiglione se asentó en la corte española hacia 1525. La tarea que le fue encomendada en España no fue simple, pues debía garantizar el equilibrio de las relaciones entre el Emperador y un Papa profrancés. Aunque realizó bien esta empresa no pudo evitar que en 1527 se produjese el *sacco di Roma*. Su preceptor, Clemente VII, según Eduardo Torres (2010: 1202): “le achacó falta de previsión en este asunto”. Un año después tuvo que defenderse a sí mismo y a su señor, lo hizo a través de una respuesta que desmentía el argumento de Alfonso de Valdés en su obra *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*. Estas polémicas culminaron en una política de colaboración entre el Papado y los Habsburgo, y con la coronación imperial en Bolonia en 1529. A pesar de que Castiglione trabajó mucho para que esto llegase a buen puerto, no pudo presenciarlo, pues murió antes, en febrero de 1529. Finalmente, Carlos V, tal y como apunta Eduardo Torres (2010: 1202), “lo reconoció como uno de los mejores caballeros del mundo”.

Como buen cortesano, el autor escribió su obra como acto de servicio a Alfonso Ariosto y así lo expuso en la dedicatoria que aparece al comienzo del libro primero. En ella también cuenta cuál es su propósito, esto es, explicar el modelo de comportamiento para la vida en corte. En palabras de Castiglione (2011: 101):

Así que, señor, vos me mandáis que yo escriba cuál sea (a mi parecer) la forma de cortesanía más conveniente a un gentil cortesano que ande en una corte para que pueda y sepa perfectamente servir a un príncipe en toda cosa puesta en razón.

Su obra, *Il cortegiano*, fue impresa en Venecia en 1528. Tan solo seis años después, se dio a conocer en España como *El cortesano*, gracias a la traducción de Juan Boscán, que

conoció la obra en italiano a través de Garcilaso de la Vega que, tras descubrir la obra, envió un ejemplar a Boscán y este no tardó en comenzar a traducirla. Se responsabilizó de esta tarea porque le parecía importante que existiesen tratados de cortesanía que instruyesen a los hombres.

En *El cortesano*, el objetivo de Castiglione, según explica Eduardo Torres (2010: 1204), no es debatir o explicar el sistema de corte, sino trazar mediante las palabras expuestas “la excelsa «forma de la cortesanía»”. De manera empírica, es decir, de lo particular –su propia experiencia– a lo general para dar lugar a la formación, según explica Quondam (2013: 19), “de una tipología específica de cortesano: la de «un gentil cortesano»”, es decir, el moderno *gentiluomo*. En su obra, Castiglione reúne todos los elementos esenciales para llevar a cabo el arte de la cortesanía. La asimilación de la cortesanía se manifiesta mediante un doble proceso, constructivo y restrictivo. Constructivo porque el hombre se forma a través del aprendizaje; y, restrictivo, porque debe dejar de lado la espontaneidad natural para comportarse conforme a un arte.

En cuanto a la estructura, la obra está dividida en cuatro libros, los temas principales son: la formación del perfecto cortesano, la formación de la perfecta dama de palacio, el perfecto príncipe y el amor. Además de los temas principales, también se debaten otros aspectos como las armas, la nobleza, la conversación o la lengua. En cuanto a la estructura formal, la obra se presenta en forma de diálogo en el que Castiglione recoge conversaciones que llevaron a cabo hombres singulares para abordar el tema de la cortesanía. Con esta técnica presenta su propio pensamiento a través de distintas perspectivas. Respecto al marco espacio-temporal, estos hombres pertenecientes a la aristocracia italiana se encuentran en el palacio de los duques de Urbino, la historia transcurre a lo largo de cuatro noches. En esas cuatro noches, la corte tratará de buscar la perfección de sí misma. Al comienzo del libro primero, el autor explica cómo se disponían estos hombres para conversar. Además, explica cómo llegaron a entablar esa plática, según la traducción de Boscán (2011: 111-112):

llegados todos delante la Duquesa, se asentaban a la redonda, cada uno a su placer o como le cabía; y al asentar poníanse ordenadamente un galán con una dama hasta que no había más damas, porque casi siempre eran más ellos. Después, como le parecía a la Duquesa se regían, la cual las más veces daba el cargo de gobernar a Emilia. [...] la Duquesa ordenó que Emilia comenzase aquella noche los juegos; la cual [...] dixo: “[...] determino de levantar un juego, del cual pienso llevar poca reprehensión y menos fatiga, y será que cada uno proponga a su

voluntad un juego que hasta aquí nunca se haya visto y después escoja el que parezca mejor”.

A través de este juego, miser Federico (en Castiglione 2011: 120) propone hablar sobre la formación del perfecto cortesano: “páreceme que hará al caso que agora sea nuestro juego escoger alguno de la compañía, el cual tome cargo de formar un perfeto cortesano”. Emilia encomendó esta tarea a Ludovico de Canosa, que comienza a describir los rasgos fundamentales para formar al moderno *gentiluomo*, según su perspectiva, pues se irán intercalando las distintas opiniones del resto de hombres allí reunidos.

La primera característica que Ludovico de Canosa atribuye al cortesano es que debe ser de buen linaje, asocia la nobleza de sangre a la virtud y el honor, según él, quien proceda de buena familia se verá inclinado a imitar a sus antepasados. Este aspecto es muy importante para Castiglione pues, según Álvarez-Ossorio (1998: 304), fue quien “estableció que la sangre noble era el primer requisito del cortesano perfecto”. Es decir, Castiglione formaba parte del grupo de tratadistas que se posicionó a favor de ensalzar los privilegios de, en palabras de Álvarez-Ossorio (2001: 41), la “sangre clara y generosa”, pues para estos tratadistas, según explica este mismo estudioso (2001: 41): “la sangre clara de los nobles transmitía durante generaciones y siglos la virtud y el mérito de los ascendientes del linaje” y esta es la postura defendida en la obra por Ludovico. Desde un punto de vista contradictorio, Gaspar Palaviccino (2011: 125) niega esta afirmación diciendo: “yo os traería por enxemplo muchos, los cuales, siendo de muy alta sangre, han sido llenos de vicios y, por el contrario, otros de ruin linaje, que con su virtud han autorizado a sus decendientes”. Este debate muestra el enfrentamiento que se produjo durante la época entre la nobleza de sangre y la nobleza de mérito.

Aunque no están de acuerdo en la procedencia del cortesano, sí lo están en que ha de ser un hombre virtuoso que sea capaz de alcanzar la perfección personal y de servir, según Eduardo Torres (2010: 1210), “con diligencia al príncipe y alcanzar, en justo pago, los beneficios de la gracia real”. Puesto que recibir el favor real, según explica Álvarez-Ossorio (2001: 50), implica conseguir “una fuente de cargos y títulos, que permitía alcanzar unos recursos básicos para incrementar la porción de honor que se disfrutaba en la sociedad cortesana”. Para poder alcanzar su objetivo debe encaminarse siempre por la vía del bien, combinando la utilidad y la honestidad. Tal y como apunta Eduardo Torres (2010: 1211), el encaminarse por la vía del bien es “uno de los elementos fundamentales del cortesano renacentista”, ya que es clave para diferenciar al cortesano del Renacimiento del discreto del

Barroco. La construcción del arquetipo que propone Castiglione es la de un hombre noble y honesto, que solo se puede formar a través de un proceso educativo, que permita a los hijos de las grandes familias introducirse en el ya mencionado proceso de civilización.

Otros de los elementos que se le atribuyen al cortesano y que son esenciales a lo largo de toda la obra son el ingenio, la gracia y la *sprezzatura* pues, según Ludovico de Canosa (en Castiglione 2011: 137), sea cual fuere el ejercicio que realice, lo más importante es que lo acompañe de “buen juicio y una buena gracia”, lo que implica que el cortesano ha de ser razonable. Por tanto, la gracia ha de acompañar todas las acciones del cortesano. La gracia, según explica Eduardo Torres (2010: 1214), es “un punto medio virtuoso [...] entre dos extremos como son la rusticidad [...] y la «afectación», entre las que se encuentra, en el «centro de la diana», la *sprezzatura*, [...] que se manifiesta exteriormente como un «arte que no parece arte»”, así quedan enmascaradas todas las acciones. Si se ocupa del ejercicio de las armas, conversa, escribe o realiza cualquier otra actividad debe hacerlo de forma “graciosa”.

En cuanto al ejercicio de las armas, aunque ya se estaba gestando el cambio del caballero al cortesano, en este aspecto todavía se sigue proyectando sobre el nuevo hombre la sombra del caballero, pues Ludovico atribuye al cortesano este ejercicio como actividad primaria. Además de dominar las armas también debía dominar las letras, pues es un punto importante en la transformación del caballero al cortesano, ya que las artes, en palabras de Álvarez-Ossorio (1998: 312), son “necesarias para manejarse en las antecámaras y salas de la *aula* del señor”, estas artes implican “el arte de la observación, [...] disimulación, [...] simulación y [...] conversación”. Entre el resto de características que se le atribuyen al perfecto cortesano destacan, en lo moral, que siempre se incline hacia la virtud y evite los vicios y la afetación; en lo intelectual, que aúne el oficio de las armas con el de las letras, que sea un hombre de buen juicio, que sepa adaptar su conversación y la escritura a la actualidad y no hable empleando arcaísmos. Además, debe ser un hombre cultivado en las artes, que sepa de música, canto, pintura, escultura, etc. También ha de poseer habilidades físicas como dedicarse a la caza, la montería, natación, salto, jugar a la pelota, entre otras; y, sobre todo, como ya se ha mencionado, el cortesano debe ser, según la traducción de Boscán (2011: 177), un “hombre de bien y limpio en sus costumbres; porque en solo esto se contiene la prudencia, la bondad, el esfuerzo, la virtud, que por los filósofos es llamada temperancia y todas las otras cualidades que a tan honrado título [...] convienen”.

El libro primero finaliza con el cierre del coloquio de la primera noche, pero queda pendiente para el segundo libro seguir formando al perfecto cortesano. Esta tarea recae sobre Federico (en Castiglione 2011: 215) que opina que el cortesano debe ser ante todo un hombre

de buen juicio y “con sólo esto, podrá tratar lo que supiere a tiempo y con buen arte”. En el primer libro Ludovico de Canosa muestra las reglas y elementos del cortesano, la búsqueda del nivel intermedio a través de la gracia y la *sprezzatura* para acertar en el centro de la diana. En cambio, en el segundo debe aplicar esas reglas para adaptarlas a las circunstancias, acertar en la diana móvil pues, como explica Federico (en Castiglione 2011: 218), el cortesano debe considerar “atentamente lo que hace o dice, el lugar, en presencia de quién, a qué tiempo, la causa por que lo hace, la edad y profesión suya, el fin donde tiene ojo y los medios con que puede llegar allá”. De este modo, de acuerdo con Eduardo Torres (2010: 1217), “la sociedad cortesana queda retratada, más que nunca, como un espacio de competencia donde los individuos pugnan por «mostrar» sus cualidades y virtudes con el fin de hacerlas «útiles» [...] dentro del «sistema de la gracia»”.

A la gracia y *sprezzatura*, que aparecían de manera constante en el libro primero, se suman otros tres elementos esenciales como son: el buen juicio, la prudencia y la discreción. Algunas de las normas generales que se asignan al cortesano en el libro segundo son, según explica Federico (en Castiglione, 2011: 217) conversar con tal “arte que no mueva contra sí envidia ni mala voluntad de nadie”, que hable con templanza y mansedumbre. También es conveniente, según Federico (en Castiglione 2011: 218): “el hablar poco y el hacer mucho, el no alabarse de las cosas grandes, disimulándolas con buen modo”, pues esto “acrecienta estas virtudes en persona que sepa discretamente aprovecharse desta arte”. En cuanto al oficio de las armas, el cortesano debe, según explica Federico (en Castiglione 2011: 219), apartarse de la multitud y actuar solamente “en presencia de los más principales y estimados que hubiere en el ejército y mejor si lo hiciere delante los propios ojos de su Rey o de su Capitán General”. Tiene que procurar salir airoso de los torneos y juegos, pero sin poner su vida en riesgo. Debe mostrar elegancia en el vestido y el decoro. Además, en un determinado momento Federico explica que el hombre debe ajustar su comportamiento a la edad y gravedad de su persona. Si el cortesano consigue regirse a través de estas normas, conseguirá ganar honra y obtener mercedes, para ello deberá adecuar todas sus acciones al buen juicio y a la circunstancia.

En el libro tercero, cambia el interlocutor, deja de hablar Federico y toma la palabra Julián el Magnífico, quien llevará a cabo la tarea de formar la perfecta dama de palacio. El modelo de mujer propuesto comparte varias características con el perfecto cortesano, según Julián el Magnífico (en Castiglione 2011: 349-350), algunas de estas características son:

la nobleza de linaje, el huir la afetación, el tener gracia natural en todas sus cosas, el ser de buenas costumbres, avisada, prudente, no soberbia, no envidiosa,

no maldiciente, no vana, no revoltosa ni porfiada, no desdonada, poniendo las cosas fuera de su tiempo, saber ganar y conservar el amor de sus señora y de todos los otros, y hacer bien y con buena gracia los ejercicios que convienen a las mujeres.

No obstante, hay acciones en las que la dama no puede comportarse igual que el cortesano, por ejemplo, Julián el Magnífico (en Castiglione 2011: 349) explica que “en las palabras, en los ademanes y en el aire” el hombre debe demostrar gallardía varonil; en cambio, la mujer debe mostrar “una delicadeza tierna y blanda, con una dulzura mujeril en su gesto que la haga en el andar, en el estar y en el hablar, siempre parecer mujer”. También se le da más importancia a la hermosura en la dama que en el varón. Según Julián el Magnífico, las cualidades que han de tener todas las mujeres son: prudencia, grandeza de ánimo, continencia, bondad y discreción, sin olvidar que debe saber regir la hacienda del marido, la casa y los hijos. Además, debe ser capaz de entretener a los hombres y así lo explica el Magnífico (en Castiglione 2011: 350): “sepa tratar y tener correa con toda suerte de hombres honrados, tiniendo con ellos una conversación dulce y honesta y conforme al tiempo y al lugar y a la calidad de aquella persona con quien hablar”. No debe mostrarse ni muy recatada ni demasiado desenvuelta, es decir, debe regirse siempre por el término medio, al igual que el cortesano.

En cuanto a los ejercicios del cuerpo solo realizará los que se requieren para la mujer, por ello, no tiene que dedicarse al oficio de las armas, ni menear un caballo, ni jugar a la pelota, ni luchar. En definitiva, no hacer cosas que son propias de los hombres. Sin embargo, a los ejercicios que sí se puede dedicar la dama mansamente y con dulzura son: bailar, cantar, tañer o tocar algunos instrumentos. Respecto a sus vestidos y al decoro también debe situarse en el término medio, pues no ha de parecer ni vana ni liviana. Debe tener más cuidada su belleza que los hombres, aunque debe hacerlo mediante la *sprezzatura*, es decir, que lo haga con tal descuido que parezca natural. Durante la formación de la perfecta dama se produce la confrontación de las ideas de Julián el Magnífico y César Gonzaga, ambos debatirán sus distintos puntos de vista a través de varios ejemplos, a modo de novelas, que se sucederán a lo largo del libro tercero.

Finalizada ya la plática del perfecto cortesano y la gentil dama de palacio a lo largo de los tres primeros libros, en el libro cuarto será tarea de Otavián Fregoso discurrir acerca del príncipe, tal y como explica Eduardo Torres (2010: 1224), es en este punto cuando “las calidades del cortesano comienzan a funcionar, explícitamente, dentro del «sistema de corte»

para lograr un propósito muy concreto: ganar la voluntad del rey con objeto de instruirlo en la «verdad» e inclinarlo hacia el «bien»; en otras palabras, para convertirlo en un hombre «virtuoso». Pues como explica Álvarez-Ossorio (2001: 55): “entre las muchas opciones que tenía una persona con ciertos recursos para intentar conseguir honra y provecho se planteó la opción del servicio al príncipe en el entorno de la corte”. El objetivo del cortesano es conseguir inclinar a su príncipe por la vía del bien, alejándolo de los vicios y de la mentira, por tanto, lo que debe hacer el cortesano es, en palabras de Otavián Fregoso (en Castiglione 2011: 503):

conocer la condición del príncipe y sus inclinaciones y así, según ellas, aprovechándose del tiempo y de los casos que se ofrecen, sabelle ganar la boca y llegar a selle muy aceto por medio de aquellas cosas que hemos tratado y ponelle después en el camino firme de la virtud.

Por tanto, el cortesano se erige como maestro de la virtud del príncipe y esta será su posición estratégica dentro del sistema de corte. Además de enseñarle virtudes, tiene que procurar que evite la tentación de caer en los errores más comunes tales como la ignorancia, la inclinación hacia los placeres, el ansia de poder, el uso de la fuerza o el mal gobierno. Por tanto, con la formación del nuevo cortesano Castiglione crea, según Álvarez-Ossorio (1990: 251), “una nueva tipología de noble, que asiste a la corte, sirviendo a su príncipe, aconsejándole” y así se refuerza la “interdependencia entre el príncipe y la nobleza”. Tras explicar cómo debe llevar a cabo el cortesano su oficio y cómo ha de comportarse el príncipe, comienzan a hablar de temas secundarios como, por ejemplo, cuál es la perfecta forma de amar, el encargado de tratar este tema es Pietro Bembo, que defiende la forma de amor neoplatónico; o, cuál es la mejor edad, entre otros. El libro cuarto finaliza con el alba del nuevo día y con ello la obra llega a su fin.

En definitiva, *El cortesano* es un tratado de cortesanía que establece un modelo de comportamiento para la vida en corte, el *gentiluomo* del Renacimiento. El cortesano del Renacimiento se caracteriza principalmente por su buena educación, la gracia y *sprezzatura* con las que debe realizar todas sus acciones y esto lo podemos apreciar a lo largo de toda la obra, en todas las acciones que realice el cortesano tienen que aparecer estos principios.

A estos principios se añaden el buen juicio, la prudencia y la discreción. El buen juicio le ayudará a conseguir dos de sus objetivos fundamentales como son ganar honra y buena fama, y obtener del príncipe la recompensa por sus servicios. Para ello, también es necesario que intervenga la discreción, pues de este modo evitará los peligros y aprovechará las

ocasiones. Además, debe ser prudente y cauteloso para no provocar la envidia del resto. Para formarse como perfecto cortesano debe aunar estas tres virtudes interpolando unas con otras, con añadidura de la gracia y la *sprezzatura*.

A partir de estos elementos, el autor crea la gramática general y generativa del arte de la cortesanía. General porque trata temas muy diversos como la pintura, la escritura, las armas y las letras, montar a caballo, conversar, o, incluso, la estatura; y, generativa porque inspiró la creación de discursos posteriores. Castiglione consiguió formar un modelo de hombre general que, según Eduardo Torres (2010: 1225), “se rige conforme a su naturaleza racional, que persigue en sus elecciones [...] conjugar lo «útil» y lo «honesto» –conforme a las enseñanzas de Aristóteles, Cicerón o Séneca–”. Además, explica que la obra fue recibida (2010: 1230):

en la corte de Carlos V, al igual que en el resto de Europa, como la plasmación segura y estable –terminada– de un modelo antropológico armónico y total que, desde un principio, se erigió en referente, en ideal humano digno de imitación y emulación para quienes formaban parte, como servidores del Emperador, de aquella variopinta sociedad cortesana.

Por tanto, la obra de Castiglione supone, en palabras de Álvarez-Ossorio (1998: 315): “un hito a escala europea en la reflexión sobre el mundo cortesano”. A partir de esta línea, surgirán otros textos que tratarán estos mismos aspectos bien desde otros puntos de vista – como la crítica moral enunciada por fray Antonio de Guevara–, bien desde otras modalidades literarias, como el juego de la oca planteado por Alonso de Barros. Mediante su análisis tendremos una visión complementaria de la Corte y de sus cortesanos, y trataremos de rastrear una evolución temporal del modelo.

3.2. Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea de fray Antonio de Guevara

Entre los géneros que surgieron dentro del discurso cortesano nos encontramos, en el caso de la obra *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*, ante una sátira anticortesana. Su autor, fray Antonio de Guevara, nace en el seno de una familia noble, pero no en la alta nobleza, sino que, tal y como explica Asunción Rallo (1984: 16) es “descendiente de una rama secundaria”. No obstante, según Márquez Villanueva (1999: 27), el autor en numerosas ocasiones encarecerá “la antigüedad y nobleza de su linaje”. Llega a la corte de los Reyes Católicos muy joven con tan solo doce años según el Guevara (1984: 106) afirma en el prólogo de su obra: “A mí, serenísimo Príncipe, me trujo don Beltrán de Guevara, mi padre, de doze años a la corte de los Reyes Católicos”. En la corte se dedicó a ojear ventanas,

escribir cartas, hacer promesas o enviar ofertas, pero el verdadero beneficio que sacó durante su primera estancia allí, tal y como afirma Asunción Rallo (1984: 19), es que “aprende a convivir con los hijos de nobles más ricos, y comienza a comprender el mecanismo de la corte, donde cada cual ocupará el puesto que él mismo se haya labrado”.

Tras pasar parte de su juventud en la corte, se decanta por la vida religiosa. Críticos como Asunción Rallo (1984) opinan que dejó la corte cuando esta cayó en manos de extranjeros. En cambio, Márquez Villanueva (1999: 28), piensa que fue como consecuencia “del derrumbamiento en 1506 de toda esperanza de medro con la repentina muerte de Felipe el Hermoso, a cuya sombra venía situándose la familia por influencia de su tío Ladrón de Guevara [...] fallecido en 1503”. Probablemente, esta sea la causa por la que cuando regresa a la corte no intenta medrar por la vía rápida, es decir, a través de un privado, pues ya había escarmentado y tenía la certeza de que si al privado le ocurría algo, él descendería de nuevo. La corte había cambiado, por lo que Guevara (1984: 106) da gracias a Dios por haberlo sacado de allí: “Ya que el príncipe don Juan murió, y la reina doña Isabel falleció, plugo a nuestro Señor sacarme de los vicios del mundo”. Ingresó en la orden del convento de San Francisco en Valladolid, por lo que su formación cultural está más orientada a lo religioso que a lo humanístico. Durante este periodo pudo apreciar cuáles eran las diferencias entre la vida en la corte, vida mundana; y, la vida en el convento, vida sagrada. Según Asunción Rallo (1984: 36), la vida religiosa dejó tres marcas fundamentales en su personalidad creativa: “su formación cultural, su oficio de predicador y el conocer la vida monástica desde dentro”.

Pues si por algo destacó Guevara fue por ser un gran predicador. Esta característica fue decisiva no solo en cuanto a su forma de escribir literatura, sino también como medio de influencia social, pues llevó a cabo la conversión de numerosos moriscos. Además, al regresar a la corte consiguió su primer cargo como predicador del rey pues, como explica Márquez Villanueva (1999: 29): “dominaba a fondo la fórmula de una oratoria brillante y fácil de seguir, perfectamente adecuada al fausto y exigencias más mundanas que no religiosas de un público cortesano”. Regresa a la corte, según explica Asunción Rallo (1984: 20), llenó de ilusión, con afán de medrar y convertirse en un personaje destacado “a pesar del desengaño y el miedo a naufragar en una corte sin rumbo”. Sin embargo, la corte que encontró a su regreso ya no era la misma: los nobles se habían convertido en cortesanos, la vida se había vuelto más suntuaria, se compraban títulos, todo estaba teñido por la ambición, el único objetivo era medrar. Guevara hizo todo lo posible para mantenerse en un escalón aventajado, en palabras de Asunción Rallo (1984: 21): “luchó por conseguir dinero, ya acumulando cargos, ya

obligando a que le pagasen todo”. Logró mantener su puesto, aunque su máxima aspiración, tal y como señalan diversos críticos, siempre fue llegar a ser consejero íntimo del Emperador.

Además del oficio de predicador, también fue cronista, pues tras la muerte de Pedro Mártir de Anglería, le encomendaron la tarea de continuar redactando la crónica de las hazañas del Emperador. De esta forma, tenía acceso directo a los personajes y hechos más importantes y, por ende, podía estar informado de cualquier desliz que cometiese algún noble o el propio Emperador. Este fue el cargo más alto que obtuvo en la corte, según Márquez Villanueva (1999: 34): “Guevara se revela como un cronista fantaseador, pero siempre muy bien informado acerca de cuanto en esencia importa enjuiciar”, pese a tener diversos materiales registrados, la crónica no llegó a cuajar.

En definitiva, su vida estuvo determinada por dos coordenadas: la primera de ellas su vida en el convento; y, la segunda utilizar los medios eclesiásticos para ascender políticamente. Su obra literaria, *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*, está marcada por la contraposición entre la vida en corte y la vida en la aldea. Con el paso de los años, se puede apreciar como fue cambiando su punto de vista. Durante su juventud, la corte era un paraíso del placer, de despreocupación; en cambio, en su madurez se produjo una inversión de valores, la corte se convierte en un lugar negativo, lleno de envidias, preocupaciones, apariencias, etc. Esta visión es la que hace posible la confrontación en la obra entre corte-mundo y aldea-salvación.

Su obra fue publicada en Valladolid en 1539, en ella, al contrario que en *El cortesano*, donde Castiglione propone un modelo universal a seguir para poder vivir en la corte, Guevara muestra una sátira anticortesana donde esta se critica desde el punto de vista de alguien que ha vivido en ella y de ella. Por tanto, el objetivo del autor es didáctico, ya que lo que intenta es escribir una obra que encamine y a la vez entretenga, como indica el propio Guevara (1984: 105): “con mi escribir enseño a muchos el camino” y el consejo que quiere transmitir al cortesano que lea la obra, según Márquez Villanueva (1999: 167), es que “aproveche mejor el tiempo o se despida para su bien de una vida tan ingrata”, como es la vida en la corte.

En cuanto a su forma de escribir, el propio Guevara (1984: 104) se considera a sí mismo en el prólogo de su obra satírico y áspero: “porque no contento de reprehender a los cortesanos cuando predico, me prescio de ser también satírico y áspero en los libros que compongo”. Según Márquez Villanueva (1999: 51), Guevara “se da perfecta cuenta de que leer no es como escuchar una plática, y el escribir un compromiso mucho más exigente que el predicar”. A lo largo de su obra, se pueden apreciar dos hilos entrelazados en cuanto a su escritura, por un lado, el biografismo –su experiencia personal–; y, por otro, según Asunción

Rallo (1984: 47), la experiencia personal que intenta transmitir al mundo para que sirva como conducta humana universal. De esta forma, nace un vínculo entre escritor y lector. El empleo del biografismo acerca a su obra a alcanzar sus objetivos más altos, tales como la reflexión o el aprendizaje colectivo. Entre las técnicas que emplea en su escritura destacan también el uso de la retórica, y la inclusión de citas y ejemplos. Mediante el empleo de la retórica, intenta captar al cortesano, es decir, es una técnica confesional y predicadora que se acerca a esa interrelación entre autor y lector. Con la inclusión de citas y ejemplos –de apariencia humanística– escribe una obra de finalidad moral, a través de ellos consigue que el texto logre aconsejar y guiar al lector.

Por tanto, el éxito de su obra se debe, tal y como apunta Asunción Rallo (1984: 49), “al modo de transmitir [los textos] para que fuesen aceptados y además aplaudidos”. La literatura guevariana, al contrario que los libros de entretenimiento a los que él mismo consideraba vanos, enseña respuestas a los problemas particulares, a través de, en palabras de Asunción Rallo (1984: 50): “un proceso generalizador que hace participar al lector en el arrepentimiento” pasando “a la crítica y reprehensión del predicador, al sermón”. El *Menosprecio* se erige a través de la confesión de un hombre que ha vivido los placeres de la corte, pero lo hace de forma satírica, a través de un sermón audaz.

Como su propio nombre indica, el título de la obra *Menosprecio de Corte y Alabanza de Aldea*, según Márquez Villanueva (1999: 100), “supone el pregón de un elemental enfoque retórico conforme al clásico ejercicio escolar de vituperio y elogio”, aunque no muestra desde el comienzo su menosprecio hacia la corte, pues en el capítulo I explica que de lo único que se puede quejar el cortesano es de sí mismo, porque el mal no está en la corte, sino en los propios hombres. De este modo, en el título del capítulo II Guevara (1984: 131) afirma: “Que nadie debe aconsejar a nadie se vaya a la corte o se salga de la corte, sino que cada uno elija el estado que quisiere”, cada uno tiene que saber qué hacer con su propia existencia. No obstante, como contrapunto de la corte, Guevara plantea la alabanza de aldea que, según Márquez Villanueva (1999: 133): “se inicia [...] a partir de tópicos muy establecidos en favor de la vida inocente del campo y al abrigo de los vuelcos de la Fortuna”.

Respecto a la temática de la obra, los temas fundamentales que recoge son la corte, la fortuna, la razón frente a la opinión y la libertad. La corte que mostraba Castiglione en su obra no tiene nada que ver con la que plantea Guevara, pues para este es un lugar lleno de vicios del que hay que salir. No obstante, aunque en la corte hay multitud de vicios, según las interpretaciones de Márquez Villanueva (1999: 105), “no es en sí misma un ámbito corruptor, porque el hombre bueno o malo seguirá siéndolo allí igual que en cualquier parte y con su

eterno problema a cuestras”. La idea de retraerse de los vicios aparece a lo largo de toda la obra, por ejemplo, en el capítulo III, donde Guevara (1984: 147) explica que “si hay algunos que aciertan en lo que hacen, no son otros sino los que retraen sus cuerpos de muchos vicios y refrenan sus corazones de vanos deseos”. Además, Guevara (1984: 264) advierte que “uno de los peligros que hay en la corte es que se aprenden los vicios sin maestro y no se quieren dejar sin castigo”.

Por otro lado, la fortuna como elemento mundano representa inestabilidad, es decir, es la culpable de los constantes cambios sociales. Convierte todo en incertidumbre, aunque esa incertidumbre es la que mantiene en pie la esperanza de los cortesanos, pues son los cambios de la fortuna los que le ayudarán a medrar. En este sentido, Álvarez-Ossorio (2001: 52) afirma que fue Guevara “quien articuló de forma definitiva la equivalencia entre corte del príncipe y mudanza de jerarquía” a través de su interpretación de la fortuna. Las alusiones a esta fortuna cambiante se encuentran a lo largo de todo el libro, por ejemplo, Guevara (1984: 183) explica que “en la corte, como la fortuna es inconsciente en lo que da y muy incierta en lo que promete, de una hora a otra cae uno y sube otro”. La fortuna es una de las protagonistas en el universo de la corte, por tanto, Guevara frente a esa inestabilidad, plantea la estabilidad y tranquilidad de la vida en la aldea.

El tema de la razón frente a la opinión se debe a que en la corte que plantea Guevara los cortesanos vivían de las apariencias, es decir, su única preocupación era aparentar para que los demás tuviesen una buena opinión de ellos. Frente a ello surge el concepto de razón, dicho concepto es un valor importante para el hombre que vive en la aldea, pues allí siguen la razón y huyen de la opinión. Además, explica que el cortesano que decide seguir en la corte debe escoger al amigo más cuerdo y virtuoso para que lo ponga en razón. Tal y como explica Márquez Villanueva (1999: 83), la cortesanía se convirtió en un entorno de convivencia llenó de partidismos, luchas de poder y ambiciones, por este motivo, los cortesanos no podían mostrar al exterior su verdadera apariencia, sino que debían hacerlo a través de “una máscara hipócrita abierta a la más acerba crítica por encubridora de toda suerte de maldades y bajezas morales”.

Por último, la idea de libertad se muestra contradictoria a lo largo de la vida de Guevara, pues en su juventud relaciona la libertad con la corte, puesto que es un lugar donde el hombre puede cumplir todos sus deseos, sean vanos o no, y hallarse libre de exigencias. En cambio, para el Guevara adulto la vida en la aldea es la que proporciona verdadera liberación, pues el hombre allí se libera de honores, riquezas y banalidades. Para estudiosos como Márquez Villanueva (1999: 146) la felicidad de la corte lo que esconde realmente es

infelicidad, pues allí el cortesano no es libre, sino que tiene que “servir todo el tiempo y no sólo al príncipe, sino también a multitud de subalternos”. La única libertad que proporciona verdaderamente la corte, tal y como explica Guevara es que el cortesano puede darse a los vicios con mayor facilidad. Por tanto, según Márquez Villanueva (1999: 149), “la «infelice libertad» de la corte prevalece, con su vida acosada de problemas, sobre la libertad demasiado feliz de la muerte futilidad aldeana”.

Además de estos temas, puede observarse que la obra gira en torno a varias contraposiciones. Entre ellas se encuentran: la oposición entre corte y aldea; el mundo antiguo frente al mundo actual; el vicio frente a la virtud; o, la vida frente a la muerte. En el caso de la contraposición entre corte y aldea, el concepto de aldea surge, según Asunción Rallo (1984: 67), “como contrapunto a la corte que se identifica con vicio y mundo, pero no es una corte abstracta o imaginada, sino la corte padecida, experimentada y aborrecida por él”. Por otro lado, Márquez Villanueva (1999: 139) afirma que Guevara mediante esta oposición muestra “la contraposición de los ajetreos de aquella [corte] al honesto bienestar de un ámbito rústico”. A lo largo de todo el libro aparece esta contraposición pero sobre todo se desarrolla en los capítulos que van del V al XI. En primer lugar, muestra los privilegios de aldea –capítulos V, VI y VII– frente a la forma de vida en la corte –capítulos VIII, IX, X y XI–. En cuanto a este aspecto, hay críticos como Márquez Villanueva (1999: 139) que opinan que “el *Menosprecio de corte* tiene como núcleo los capítulos centrales que catalogan uno tras otro los «privilegios», a menudo irónicos y siempre hartos específicos, con que la aldea prevalece sobre la corte”. Por tanto, esta oposición sería el núcleo central de la obra.

Entre los privilegios que proporciona la vida en la aldea encontramos que cada uno vive en su casa sin ser mandado, además, la casa es de su propiedad, al contrario que en la corte, ya que en esa época las casas solían ser alquiladas para aparentar; cada uno goza lo suyo; se tiene tiempo para todo, pues los días parecen ser más largos y se aprovechan más; no se preocupan por aparentar, ya que como se ha dicho huyen de la opinión; viven más sanos; hay menos ciudadanos y más pasatiempos; cada uno tiene lo necesario para vivir; tienen libertad para hacer las cosas cómo y cuándo quieran; sienten menos el trabajo y gozan más las fiestas; se disfruta más de la familia; no se tiene soledad; los hombres son más virtuosos y menos viciosos; y, se ahorra más.

No obstante, en la corte, según Antonio de Guevara no hay justicia, los malos tienen mucha libertad para hacer el mal; es muy fácil darse a los vicios; ayudan a las personas para que vayan diciendo que la corte es magnífica –propaganda política–; siguen la opinión y huyen de la razón; buscan la fortuna; hay envidias, pasiones, competencias, enemistades, etc.;

nadie confía en nadie; solo medran los afortunados; cuesta mucho alcanzar la virtud y es muy difícil conservar; siempre tienen algo para quejarse; actúan por necesidad y no por voluntad; es difícil encontrar la verdad; es fácil malgastar el tiempo; son muy pocos los que consiguen medrar; se gasta dinero en cosas innecesarias; el cortesano solo busca imitar o superar a los demás; tienen que vivir a expensas de un amo –privado–, que le ayudará a medrar.

Otra de las contraposiciones que encontramos es la valoración positiva del mundo antiguo frente a la negativa del mundo actual. Respecto a esta valoración, hay críticos como Márquez Villanueva (1999: 45) que opinan que Guevara es satírico, pues según él “su obra entera se ríe de la idolatría por la antigüedad a la sazón imperante en su momento cultural”. En el capítulo XIII, se puede apreciar esta oposición con claridad, pues Guevara (1984: 224) explica que:

Antiguamente, como las casas reales estaban tan corregidas, los príncipes eran tan justos, los mayores tan comedidos, los que gobernaban tan sabios, castigábanse mucho las culpas pequeñas, y con esto no osaban cometerse otras mayores, porque el bien del castigo es que, si no lastima a más de uno, atemoriza también a muchos. No es así en nuestras cortes y repúblicas, en las cuales hay ya tanto número de malos, se cometen tan atroces delitos, que lo que castigaban los antiguos por mortal, disimulan en este tiempo por venial.

En cuanto a la oposición entre vicio y virtud. A lo largo de toda la obra puede apreciarse que los vicios están vinculados a la corte; y, la virtud, a la aldea. Por medio del biografismo, en el capítulo XIX Guevara (1984: 268) cuenta “las virtudes que en la corte perdió y las malas costumbres que allí cobró”. Antes de su regreso a la corte Guevara (1984: 268) afirma que era “religioso, retraído, disciplinado y temeroso”, en cambio, cuando dejó finalmente la corte estaba “flaco, flojo, tibio, absoluto y atrevido”. Por último, en cuanto a la contraposición entre vida y muerte, el autor explica que antes de morir el hombre debe enmendar su vida y la mejor forma de hacerlo es alejándose de los vicios de la corte, porque no hay mejor vida que la que lleva el hombre en su casa, Guevara (1984: 261) valora a las personas que “de su pura bondad y de su propia voluntad fueron a dar orden en su vida antes que los saltease la muerte”.

En definitiva, a través de la obra el autor muestra su descontento con la corte de su época y lo que intenta es adoctrinar a los hombres que aman el reposo de sus casas y aborrecen el bullicio de las cortes. Por eso explica que es un lugar donde se pierden tanto la libertad como la alegría, pues allí todos se guían por la ambición, que es llenarse de fama y falsas riquezas para aparentar y medrar, tal y como explica Antonio Álvarez-Ossorio (2001:

55), según Guevara “el servicio del cortesano no buscaba tan sólo la retribución justa del salario debido, sino entrar en la esfera del favor”. Además de esto, Guevara también enumera algunos de los vicios de la corte como la venta de oficios, la lisonja, andar con mujeres, la aceptación de mercedes o la pérdida de tiempo, entre otros. De este modo, su obra se erige como sátira anticortesana que, al contrario que la obra de Castiglione donde se alaba la corte, este la crítica. En el último capítulo, Guevara (1984: 286) realiza una despedida y explica cómo se consigue la libertad y la única manera de conseguirlo es abandonar la corte por completo:

¡Oh mundo inmundo, yo que fui mundano conjuro a ti, mundo, requiero a ti, mundo, ruego a ti, mundo, y protesto contra ti, mundo, no tengas ya más parte en mí, pues yo no quiero ya nada de ti ni quiero más esperar en ti pues sabes tú mi determinación!

Guevara (1984: 270) al final de la obra se muestra arrepentido a la vez que agradecido. Arrepentido por haber prometido cosas que no llegó a cumplir y se acusa de que se le pasaran los “años llenos de santos deseos y vacíos de buenas obras”. Alude a recuerdos del pasado, de su estancia en el monasterio y se arrepiente de haber perdido su vida en la corte, en palabras del propio Guevara (1984: 273): “He aquí, pues, en lo que expendido mi puericia, gastado mi juventud y empleado mi senectud”. Se considera a sí mismo pecador, pues se dio cuenta que “era vanidad todo lo que deseaba y muy gran liviandad todo lo que pensaba”. Se alegra de haber comprobado cuál es la verdadera realidad de la corte. En palabras de Guevara (1984: 271):

¡Oh cuánta diferencia va de lo que los cortesanos somos, a lo que éramos obligados a ser! A causa que en la honra queremos ser muy estimados y en el vivir muy libertados, lo cual no se puede compadecer, porque la desordenada libertad siempre fue enemiga de la virtud.

Como se ha podido observar, entre la obra de Castiglione y de fray Antonio de Guevara se produce un enfrentamiento en cuanto al pensamiento que tienen sobre la corte, pues tienen visiones totalmente diferentes. Esto no se debe a los cambios desde el punto de vista personal, sino que están marcados por los constantes cambios de la sociedad, pues la corte ya no es la misma en la época de Castiglione que en la de Guevara. Para Guevara la corte es un sitio en el que las personas solo se mueven por la ambición de medrar, ya el objetivo del cortesano no era educar al príncipe, sino que lo que verdaderamente movía su

deseo era alcanzar varios estadios hasta erigirse en la posición más privilegiada. Por ese motivo, probablemente, Guevara redactará este tratado de cortesanía para mostrar cómo la corte se había ido corrompiendo con el paso de los años. En los tratados posteriores a la obra de Guevara se puede apreciar como tanto ese pesimismo y desengaño como el afán de medro y pretensión irán adquiriendo mayor protagonismo.

3.3. Filosofía cortesana moralizadora de Alonso de Barros

Otro de los tratados de cortesanía que serán analizados en este trabajo es *Filosofía cortesana moralizada* de Alonso de Barros. Alonso de Barros nace en el seno de una familia noble en torno a 1540-41. Su padre, como buen cortesano, fue ayudante de cámara y aposentador de Carlos V y, más tarde, Alonso de Barros fue aposentador de Felipe II. Pese a ello, tomó el apellido de su madre, pues era de linaje más ilustre. Aunque obtuvo un trabajo importante en la corte, en diversas ocasiones, tal y como explica Ernesto Lucero (2018), se quejó por realizar muchos servicios y ganar muy poco sueldo, este pensamiento lo comparte con fray Antonio de Guevara. Como consecuencia, tal y como apunta Ernesto Lucero (2018: iii) vio “ocasión de medro en la milicia, como tantos segundones de la nobleza media”, de esta manera, fue partícipe en numerosas expediciones navales.

Aunque su carrera militar no tuvo gran recorrido, según Ernesto Lucero (2018: v), “su afán de medro o la ambición comercial lo acompañarán siempre”. A lo largo de su vida, solicitó varios oficios y mercedes alegando algunos méritos. En 1587 –año de publicación de su obra *Filosofía cortesana moralizada*–, volvió a solicitar merced acreditando sus años al servicio como aposentador y sus méritos como soldado. Es en este momento cuando la fortuna se pone de su parte y se le concede, como explica Eduardo Lucero (2018: vi): “la escribanía mayor de rentas de la merindad de Santo Domingo de Silos”, un puesto mejor remunerado. Por tanto, parece que logró vivir los últimos años de su vida más desahogada económicamente. Además, fue un hombre apasionado por las letras, pues en su testamento consta que formó una gran biblioteca. Por otro lado, en el ámbito político, fue partidario del partido “castellanista” fundado por Mateo Vázquez, a quien dedica su obra *Filosofía cortesana moralizada*.

En cuanto al género de su obra, junto a los tratados de cortesanía –como *El cortesano* de Castiglione–, la literatura anticortesana –como *Menosprecio de corte y alabanza de aldea* de fray Antonio de Guevara–, existe, como ya se ha mencionado, un tercer género el de los libros de avisos. Así las cosas, la obra de Alonso de Barros, según Ernesto Lucero (2018:

xvii), “se desenvuelve entre el segundo y el tercer tipo”, pues el propio Alonso de Barros (2018: 9) explica en unas advertencias dirigidas al lector cuál ha sido su propósito al escribir la obra: “mi intento no ha sido sino mostrar entre burla y juego, las veras y desventuras que siguen a una larga pretensión”. Al igual que en el resto de tratados el tema básico en torno al que gira la obra es la corte.

Respecto a la estructura, tal y como explica Ernesto Lucero (2018: vviii), la obra “se presenta como un pequeño juego de mesa acompañado de las instrucciones de uso o *moralidad*”. Alonso de Barros presenta las instrucciones para jugar a la oca. El tablero¹ está dividido en sesenta y tres casillas colocadas en forma de espiral. Estas casillas, en palabras de Álvarez-Ossorio (2001: 58): “hacían referencia al itinerario del negociante en la corte”. El número de casillas representa los años de vida que el cortesano gasta en alcanzar la pretensión, es decir, lo que tarda en conseguir la Palma de la Victoria. En este aspecto comparte su opinión con fray Antonio de Guevara, pues este se arrepiente de haber perdido su juventud y parte de su senectud intentando medrar. Cada casilla está compuesta por un emblema. El emblema está compuesto por tres partes: la imagen, el lema y la explicación, de esta forma, el autor transmite una idea compleja de la filosofía natural.

Al redactar la obra, Alonso de Barros, al igual que Castiglione o Guevara, se basa en su propia experiencia con el objetivo de ayudar a las generaciones posteriores que se acerquen a la corte, pues en la obra, según Álvarez-Ossorio (2001: 59), advierte sobre “los numerosos riesgos que acechaban al pretendiente en su itinerario por los corredores del laberinto cortesano, entre los que se encontraban el pozo del olvido, la falsa amistad, la mudanza de ministros y la muerte del valedor” (2001: 59).

La obra en forma de juego de la oca representa el tortuoso laberinto por el que tiene que pasar el pretensor. Como ya se ha mencionado, en la obra de fray Antonio de Guevara el objetivo del cortesano era medrar. No obstante, a finales del siglo XVI, tal y como explica Álvarez-Ossorio (2001: 58): “la insistencia en el deseo de medrar en palacio quedó eclipsada en la literatura áulica hispana por otro tema, el arte de pretender”. Este arte de pretender es el que aparece perfectamente representado en la obra de Alonso de Barros.

Alonso de Barros en su obra redacta las instrucciones que tiene que seguir el hombre para poder afrontar el juego de la oca. Dichas instrucciones son una especie de reglas que sirven para explicarle al cortesano el arte de pretender, en otras palabras, a través del juego explica y avisa sobre las cosas que pueden sucederle a lo largo del camino de la pretensión.

¹ La imagen del tablero extraída de Barros, Alonso de (2018): *Filosofía cortesana moralizadora*, ed. de Ernesto Lucero. Madrid, Ediciones Polifemo, en prensa, puede visualizarse en el Anexo de la página 58.

En la realidad, como ya explicaba fray Antonio de Guevara, el medro depende de la Fortuna. De forma similar, en el juego de Alonso de Barros, el medro depende de la suerte que tenga el jugador con los dados, pues dependiendo del resultado de la tirada el jugador avanzará o retrocederá. Debían jugar dos o más personas que apostaban dinero, el dinero lo ganaba, tal y como explica Álvarez-Ossorio (1998: 89) “el que llegaba a la última casilla, que representaba la palma de la gloria” o la Palma de la Victoria, en palabras del propio autor.

Las casillas que forman parte del tablero son la Puerta de la Opinión, las casas del Trabajo, el Paso de la Esperanza, el Privado, el Pozo del Olvido, el miedo al Qué Dirán, los Dados, la Falsa Amistad, el Pródigo, la Mudanza de Ministros, la Adulación, la Muerte del Valedor, la Fortuna, el Pensé Qué, la Diligencia, la Pobreza, la Palma de la Victoria y el mar del Sufrimiento. De estas casillas hay algunas que son favorables y otras contrarias. Entre las contrarias se encuentran, por ejemplo, el Pozo del Olvido, la Falsa Amistad, la Mudanza de Ministros o la Muerte del Valedor, estas casillas hacen que el jugador retroceda. Sin embargo, otras casillas representan los medios más usados por los pretensores para medrar, como la Liberalidad, Adulación, Diligencia y Trabajo.

La Puerta de la Opinión es la primera casilla emblemática pues, tal y como explica Alonso de Barros (2018: 13): “El que comienza a pretender entra por la Puerta de la Opinión, engañado de su pensamiento con la estimación propia y satisfacción que de sus valedores tiene”. Lo más importante que debe hacer el hombre que comienza a jugar, es decir, a pretender es conocerse a sí mismo, no debe fiarse de la opinión de los demás, sino de la suya propia, este pensamiento lo comparte con Guevara, pues uno de los rasgos negativos que destacaba de la corte era que el cortesano seguía la opinión y huía la razón. Siguiendo el tablero, llegamos hasta uno de los emblemas del Trabajo que se encuentra en la cuarta casilla –aparece en ocho ocasiones más–, la imagen del emblema está representada por dos bueyes arando, ya que según Alonso de Barros (2018: 15) los bueyes “son los animales que más trabajan y menos lo sienten”. En las casas del Trabajo no se puede parar, porque el que quiere pretender ha de estar siempre intentando conseguir sus frutos sin descanso, por eso el trabajo es uno de los medios más usados por el pretensor para medrar.

Siguiendo el hilo de las reglas del juego, el autor nos lleva hasta la casilla número quince, donde se encuentra el Paso de la Esperanza, que consiste en que el pretensor visita a sus amigos y valedores, explica cuál es su pretensión y el resto lo animan, paga el portazgo y se dirige al privado para pedirle otro favor (Barros, 2018: 16-17). De esta forma llega a la casa del Privado –casilla número veintiséis–, allí le ofrece sus ganancias, pues antes de pedir debe dar y así lo dice el lema propuesto aquí por Alonso de Barros (2018: 17): “No pidas la mano

ajena / si la tuya no va llena”. Más adelante, en la casilla número treinta y dos, se encuentra el Pozo del Olvido, el pretensor se olvida de todo lo que ha hecho para llegar hasta allí, según Martínez Millán (1996: 478), el olvido “provocaba una serie de inseguridades y miedos en el pretensor”, como consecuencia, tiene que valerse, según Alonso de Barros (2018: 18), de los que “algo pueden con el valedor”, dándoles el portazgo para que estos enmienden su objetivo. Lleno de miedos e inseguridades llega el pretensor a la casilla número treinta y seis, donde se encuentra el miedo al Qué Dirán, el pretensor se encuentra sin ánimo para seguir con su objetivo, pero tampoco quiere regresar a casa con las manos vacías después de haber gastado tantas prendas para llegar hasta allí.

Cuando el jugador caía en esta casilla tenía que retroceder a la casilla número veintiocho, donde están pintados unos dados para así, en palabras de Alonso de Barros (2018: 19): “buscar otra suerte de negociar mas como para el desdichado, que en todo cuanto mano pone halla azar, le sería la mejor suerte un breve desengaño”. Paulatinamente, el autor va mostrando al pretensor los desengaños de la corte. Continuando por la senda de los desengaños de la corte, en la casilla treinta y nueve, se encuentra la Falsa Amistad, esta casilla representa a los falsos amigos que prometen cosas imposibles y sacan al pretensor todo lo que pueden, según aconseja el autor, la mejor opción es disimular con ellos y no convertir amigos en enemigos. El jugador que caía en la casilla de la Falsa Amistad debía retroceder hasta la casilla siete, donde se encuentra el Pródigo. El pretensor, según explica el autor, al comienzo del juego no confió en el pródigo y fue a buscar a otros en quienes confiar. No obstante, cuando cae en la casilla de la Falsa Amistad y en la cuenta de que hay peores amigos que el pródigo vuelve a él.

En la casilla cuarenta y tres se encuentra la Mudanza de Ministros, cuando el pretensor pone toda la esperanza en un ministro que lo ayuda con su enmienda y cambia la suerte de este, el pretensor ha de retroceder. Este punto de vista también lo comparte fray Antonio de Guevara, pues prefería ascender mediante trabajos que fuese realizando y no de manera fácil, esto es, a través de un privado, pues según él la rueda de la Fortuna lo tornaba todo. Cuando el jugador cae en esta casilla tiene que retroceder hasta la Adulación, que se encuentra en la casilla diez, como explica Martínez Millán (1996: 479): “La hipocresía y la adulación eran comportamientos frecuentes en la corte, por lo que los cortesanos estaban muy sensibilizados a este tipo de conducta. La adulación se representaba a través del camaleón y de las sirenas”, mediante la adulación consigue avanzar de nuevo. Al igual que el trabajo, la adulación era uno de los medios esenciales para alcanzar la pretensión.

La casilla cuarenta y seis era una de las más temidas, pues allí se encuentra la Muerte del Valedor, al igual que en la realidad cortesana, quien caía en este casilla debía empezar el juego de nuevo, buscando de nuevo el favor, pues como explica Alonso de Barros (2018: 22) en el lema: “El hombre que en hombre fía, / queda cual ciego sin guía”, pues si el valedor muere debe empezar de nuevo su pretensión. Esto fue lo que le ocurrió a fray Antonio de Guevara cuando dejó la corte tras la muerte de Felipe el Hermoso para comenzar su vida como religioso. Sin embargo, tal y como explica Martínez Millán (1996: 480), “no todos los sucesos de la corte, representados en el juego, eran negativos; tras la fortuna adversa venía la próspera”, de modo que en la casilla cincuenta y uno se encuentra la Fortuna, quien llega a esta casa tira dos veces. La Fortuna para Alonso de Barros (1996: 480) era algo positivo, pues “muy de acorde con el espíritu contrarreformista, cristianiza esta visión de la *fortuna*, atribuyendo los avatares de la vida a la voluntad de Dios”.

Pese a ello, Alonso de Barros no dejaba todo en manos del azar, sino que la fortuna había de conseguirse trabajando. Si esto no sucedía así, el jugador podía caer en la casilla del Pensé Qué –casilla número cincuenta y cinco–, esta casilla representa a los que se arrepienten por no haberse prevenido. El jugador que caía en ella debía retroceder hasta la casilla veinte, donde se encuentra la Diligencia, este emblema está representado por un escarabajo arrastrando basura, lo que significa que todo lo que el pretensor ha conseguido no es más que basura. Tal y como explica Martínez Millán (1996: 480): “La permanencia en la corte ejerciendo los quehaceres que conllevaban la búsqueda de la gracia, terminaban por arruinar al pretensor” y esto es lo que representa la Diligencia. Por este motivo, en la casilla sesenta se encuentra la Pobreza, donde aparece representado un bosque lleno de árboles sin hojas, quien cae en esta casilla recibe una limosna de cada jugador y pasa a la casilla cincuenta y tres. En esta casilla vuelven a aparecer los Dados pero, en este caso, con un azar mayor.

Por último, el juego termina en la casilla sesenta y tres, donde se encuentra situada la Palma de la Victoria, representada por una palmera. En el tronco aparece una frase que dice: “Ni lo mucho, ni lo poco”, Alonso de Barros (2018: 24) explica qué significa esta sentencia y es que “no se han de echar más ni menos puntos de los justos para llegar a ella, ni hacer más ni menos diligencias de las necesarias para conseguir lo que se pretende”. Además, la imagen de la palmera simboliza, según explica Alonso de Barros (2018: 24-25): “la templanza que el hombre debe tener, no se ensobreciendo en la prosperidad de la ganancia, ni se acobardando en la adversidad de la pérdida, guardando en todo el medio, que es el nivel de las cosas y quien les da perfección”. La templanza y la perfección del término medio es algo que veíamos ya en Castiglione y que sigue perviviendo. En el centro del tablero se encuentra el

mar del Sufrimiento, que representa todo lo que tiene que pasar el pretensor, pues está representado por un mar, porque, al igual que el pescador, el pretensor ha de tener infinita paciencia.

Finalmente, el autor explica que se deben tener en cuenta las figuras que están representadas en las esquinas del tablero. La primera de ellas es un delfín con un ancla, que representa la firmeza y la velocidad. Otra hace alusión a la Ocasión y aparece representada, tal y como expone Alonso de Barros (2018: 26), por “una mujer con un manojo de cabellos en la frente”; y, por último, explica que hay “una mano señalando las horas de un reloj con una letra que dice: «Hasta la postrera», que significa el tiempo y cómo se pasa”.

En definitiva, el autor mediante la obra y el juego de la oca quiere predicar, según Álvarez-Ossorio (1998: 89), “el *desengaño* a los que pretenden medrar en el palacio de los reyes sin saber las desventuras que les esperan”, pues el juego sirve como metáfora para representar lo que le sucede a la mayoría de los pretendores, ya que según Álvarez-Ossorio (1998: 89) “sólo los que siguen el hilo dorado de una desengañada discreción logran hallar la salida y alcanzar la palma de la gloria en el juego de la corte”. Como ya se ha mencionado, esta obra representa, en palabras de Álvarez-Ossorio (2001: 59): “la figura del pretendiente recién llegado a la corte de Madrid y [...] los peligros que acechaban”. Este tipo de obras dio lugar a un género que se encuentra entre lo satírico y lo pesimista, impregnado de filosofía moral. Tanto en la obra de fray Antonio de Guevara como en la de Alonso de Barros se puede observar una visión desengañada del mundo de la corte, muy diferente a la visión de Castiglione. La *Filosofía cortesana moralizada*, según Ernesto Lucero (2018: xviii), “constituye un jalón en ese proceso que lleva de la ambición al desengaño, del cortesano al discreto, de Castiglione a Gracián, y se configura como antecedente directo de este”.

3.4. Galateo Español de Lucas Gracián Dantisco

Otro de los tratados de cortesanía que será estudiado en este trabajo es el *Galateo español* de Lucas Gracián Dantisco. En cuanto a su trayectoria vital, nace en Valladolid en 1543, en el seno de una familia católica y cortesana, pues su abuelo materno fue embajador de su país ante Carlos V; y, su madre, Juana Dantisco, amiga de Santa Teresa de Jesús. Además, tanto su padre, Diego Gracián, como su abuelo compartieron el gusto por las letras, la admiración por Erasmo y la amistad con erasmistas, es decir, tal y como explica Álvarez-Ossorio (1998: 88): “creció en un entorno familiar en el que confluían el humanismo y la afición a las letras con el servicio al monarca”.

Además, tal y como explica Margherita Morreale (1968: 9), Lucas Gracián Dantisco “se crio en un ambiente de erudición puesta al servicio de la monarquía”. Diego Gracián pidió para su hijo Lucas una especie de beca en 1566 para que continuase con los estudios eclesiásticos en la Universidad de Alcalá. Para obtenerla, alegó, según explica Margherita Morreale (1968: 9): “los treinta y cinco años gastados en el servicio del Rey”, pues como ya hemos visto, cuando pedían un favor alegaban sus años de servicio como cortesanos, al igual que lo hicieron tanto fray Antonio de Guevara como Alonso de Barros. No obstante, no consta que Lucas llegase a terminar los estudios. Finalmente, renunció al estado canónico y, como explica Margherita Morreale (1968: 19), “en 1576 se casó con una dama toledana de noble familia, Juana Carrillo”.

Lucas Gracián Dantisco vivió en Madrid, donde trabajó como notario. No solo desempeñó este oficio, sino que tuvo dos ocupaciones más, la de censor y lector del rey, que le ayudaron a mantener tanto una estrecha relación con los libros como con el Monarca. En 1576, obtuvo el puesto de bibliotecario de El Escorial, dicho puesto había sido ocupado hasta el momento por uno de sus hermanos, pero tras su muerte, el Monarca decidió que se siguiese ocupando del cargo algún familiar y el elegido fue él. Por tanto, se trasladó a El Escorial, allí vivió durante diez años. Según Margherita Morreale (1968: 16), la Biblioteca “nacía muerta, habiendo pasado ya los años de fervor humanista”. Murió el 8 de julio de 1587. Su obra literaria se reduce a su tratado de cortesanía, *Galateo español*.

Al igual que Castiglione y Alonso de Barros, Lucas Gracián Dantisco también dedicó su obra a un insigne personaje, Gonzalo Argote de Molina, amigo de su hermano Antonio Gracián. Su obra es un tratado de ‘buenas maneras’, donde redacta una serie de consejos para prevenir a los futuros hombres de la corte sobre cómo ha de ser su comportamiento. Según Margherita Morreale (1968: 30), la obra está dirigida al “ambiente que exige normas de buena crianza [...], el de la «gente de suerte y curiosa», 106r, y el «hombre honrado», [...] quien las ha de ejercer”.

En cuanto a la estructura, la obra está compuesta por quince capítulos y en cada uno de ellos se exponen diversos consejos. Aunque parece que la obra estructuralmente no tiene sentido debido a la sensación de desorden –pues va dando saltos y entremezcla aspectos diversos desde la conversación hasta la higiene pasando por la vestimenta– la lectura es fácil, gracias a, en palabras de Cerezo Alberdi (2014: 42): “sus historias estrambóticas y mordaces sátiras”. En la carta dirigida al lector, explica que escribe el libro porque a lo largo de su vida ha podido comprobar que estas son las reglas que hay que seguir para poder comportarse debidamente en la corte, es decir, redacta la obra a partir de su propia experiencia, de manera

empírica y desde su propia perspectiva, al igual que lo hicieron tanto Castiglione como fray Antonio de Guevara y Alonso de Barros. Por tanto, su propósito es enseñar a los jóvenes un modelo de comportamiento, el de las buenas maneras. Además, Lucas Gracián Dantisco (1968: 99) añade que su obra es una traducción del *Galateo italiciano* de Della Casa, que no es tanto una traducción, sino más una adaptación:

Haviendo visto en el discurso de mi vida, por experiencia, todas las reglas de este libro, me pareció aprovecharme de las más, que para el tiempo de la juventud pueden ser de consideración, traduciéndolas del Galateo italiano, y añadiendo al propósito otros cuentos y cosas que yo he visto y oído, los cuales servirán de sainete y halago, para pasar sin mal sabor las píldoras de una amable reprehensión que este libro haze, que aunque va embuelta en cuentos y donaires, no dexará de aprovechar a quien tuviere necesidad de alguno destos avisos, si ya no tuviere tan amarga la boca y estragado el gusto que nada le parezca bien.

Los consejos que aparecen en la obra no solo sirven para que el hombre sea querido en la corte, sino también para ser querido por todos en general. A lo largo de todo el libro, se puede observar la importancia que le atribuye a la apariencia exterior, todo lo que se debe y no se debe hacer es para que el Galateo sea *bienquisto* y amado por los demás. Para ello, es muy importante no hacer nada que desagrade al oído, la vista, el gusto o el olfato. La obra, según Cerezo Alberdi (2014: 38): “transmitía, breve y ejemplarmente, las esencias de lo que habría de ser el resultado de las enseñanzas del tratado”.

En la obra, el autor transmite que para formar parte de la sociedad cortesana es esencial tener una buena crianza, nobleza de linaje y haciendas. En cuanto a los dos primeros aspectos, vemos que son similares a los que pedían en la obra de Castiglione, pues tanto la nobleza de linaje como la educación eran esenciales. No obstante, el hecho de presumir de las haciendas se ve ya en la obra de fray Antonio de Guevara, donde los cortesanos por aparentar tener más, alquilan casas más grandes en lugar de comprar una hacienda más pequeña pero que sea de su propiedad, es decir, se vuelven más suntuarios.

Los conceptos esenciales para formar un buen cortesano según la obra de Gracián Dantisco son: decoro o discreción y disimulo. Tal y como explica Cerezo Alberdi (2014: 42-43), el decoro o la discreción conducen a los dominios del disimulo, por tanto, en la corte se habrán de evitar “los innumerables peligros de los acechantes camaleones y de los lisonjeros cantos de sirenas que [...] conducirán al naufragio y perdición de aquel cortesano avisado”. En cuanto al concepto de discreción en la obra de *Galateo español* hay estudiosos como

Álvarez-Ossorio (1998: 88) que opinan que Lucas Gracián Dantisco es uno de los autores que “buscaron la llave de la discreción para abrir la puerta del laberinto” cortesano.

A lo largo de la obra, el autor trata varias materias como: cómo ha de ser la conversación o las palabras que han de usarse; el comportamiento en la mesa o en la iglesia; el vestirse; o, las burlas; entre otros. Sin embargo, nada más empezar la obra el autor advierte al pretensor sobre la adecuación, es decir, según Lucas Gracián Dantisco (1968: 106): “ni al niño le está bien hazerse viejo, ni menos al viejo hazerse niño, sino que encada edad se dé y se guarde su punto”, esto es, “andar cada uno, según su estado y edad” (Gracián Dantisco, 1968: 113), algo que también era importante para Castiglione. Otro aspecto muy destacado es el modo de conversar, pues al comienzo de la obra puede apreciarse que la enseñanza que transmite el libro está relacionada con ello, ya que Gracián Dantisco (1968: 105) avisa al Galateo sobre “lo que deve hazer, y de lo que se deve guardar en la común conversación, para ser bienquisto y amado de las gentes”.

El autor da especial importancia a la conversación porque, a través de ella, las personas se dan a conocer y si el Galateo sabe conversar adecuadamente será capaz de distinguirse entre un grupo de personas. Esta obra, precisamente, gira en torno al tema de la conversación. Gracián Dantisco (1968: 115) explica cómo ha de ser la conversación: “no deve ser fría, de poca sustancia, ni baxa, y vil, porque los que la oyen, en lugar de recrearse, escarnecen de la plática, y del que la dize también”. También explica cómo se han de elegir las palabras, pues se deben evitar las palabras afectadas y su elección debe ser refinada “en cuanto al sonido y su significación, buenas y hermosas” (Gracián Dantisco, 1968: 142). Para hablar también es importante mantener el término medio, puesto que debe saber adecuar la conversación, aunque hable bien no debe hacerlo de manera artificiosa, pues lo importante es que todos lo entiendan. Esta opinión la comparte con la del conde Ludovico de Canosa que aparece en la obra de Castiglione.

Por otro lado, en cuanto al vestir, también debe el *gentilhombre* adecuarse a su estado y edad para no destacar. La ropa, según Gracián Dantisco (1968: 114), debe quedarle bien a la persona que la lleva, es decir, los vestidos “han de ser [...] muy assentados, y que vengan bien a las personas”. Cuando vaya a otra ciudad tendrá que adaptar la vestimenta y la apariencia a la ciudad en la que se encuentra, es decir, tiene que adaptarse al entorno, en palabras de Gracián Dantisco (1968: 114): “hase de esforçar de allegarse lo más que pudiere al uso de los otros ciudadanos y someterse a su costumbre, aunque al caso le parezca a él menos acomodada y polida que lo antiguo”, pues si no lo hace así contradice al resto “y la contradición de usos y costumbres no se deve hazer sino en caso de necessidad, [...] porque

esto nos puede hacer odiosos de la gente” (Gracián Dantisco, 1968: 114). Finalmente, Gracián Dantisco (1968: 116) aconseja directamente al lector: “Tus vestidos, pues, conviene que sean según la costumbre de los de tu tiempo, manera y condición, porque nosotros no tenemos poder para mudar el uso a nuestro parecer y antojo, antes debemos andar con el tiempo”.

Para llevar a cabo ejercicios como el arte de conversar o la vestimenta, las pautas que ha de seguir el Galateo van acompañadas por conceptos básicos como el decoro, la gracia y la *sprezzatura* –al igual que en la obra de Castiglione–, que en el tratado aparecen acompañando a los encarecimientos, el juego, la forma de contar los méritos, etc. El autor se muestra contrario ante los bebedores, jugadores o las burlas. En cuento a las burlas y el juego, diferencia tal y como explica Cerezo Alberdi (2014: 46): “entre la mofa ofensiva y los muy cortesanos y burlescos motes o distinguiendo la diferencia que va entre el jugar afanando riquezas o el hacerlo entre personas graves y mostrando una graciosa despreocupación”. Como se ha mencionado al comienzo, una de las mayores preocupaciones que tiene el autor es que el Galateo debe ser en todo momento *bienquisto* y amado de las gentes, para conseguir esto debe atender al oficio, asiento y cargo o administrar su hacienda, pues una de las actividades más onerosas que puede conseguir es el ganar el amor y reconocimiento ajeno.

Al entrar en la corte el Galateo debe ser, en palabras de Cerezo Alberdi (2014: 47): “distinguido, grave y de sustancia”. Una vez dentro del laberinto de palacio debe atender a dos conceptos clave: la prudencia y la discreción, algo que ya veíamos tanto en Castiglione como en Alonso de Barros. Estos medios han de tenerse en cuenta para todas las acciones que se lleven a cabo en la corte. Finalmente, será la discreción la que termine siendo la mayor característica del Galateo. No obstante, el decoro y la gracia deben complementarse con la prudencia y la discreción, tal y como explica Cerezo Alberdi (2014: 48):

el decoro y la gracia servían como primeras indicaciones para dar al cortesano la apariencia de poseer la gravedad y distinción necesarias y, por consiguiente, identificarlo como miembro del grupo de los privilegiados, pero, una vez dentro, el virtuosismo, la compostura o la gracia no bastaban para triunfar y por ello habrían de ser completadas mediante el recurso de la discreción, obligándole al Galateo a observar e improvisar constantemente para provocar el verdadero fin de sus actos, levantar el común aplauso que le permitiera ser bienquisto de aquellos con quién convivía y competía en sociedad.

Es decir, en la obra de Lucas Gracián Dantisco, también se aprecia el afán de competir que ya se veía en Castiglione, y se acentuaba en fray Antonio de Guevara o en Alonso de Barros. Por tanto, el objetivo del Galateo era alcanzar el lucimiento, el aplauso del resto. A

través de la discreción, el hombre acoge las costumbres que observa acomodándolas a su condición, manera y tiempo, pues no hacerlo conlleva a la contradicción que, como se ha dicho, hace que el resto lo odie. El hecho de guardar y conservar las costumbres también aparece en la obra de Castiglione. Según Cerezo Alberdi (2014: 49), la esencia de la discreción es “adaptarse a las cambiantes costumbres de las modas”. Mediante la discreción, el Galateo deberá ir adaptándose a los tiempos, es decir, a los nuevos usos y las modas para no distinguirse. Para ello, tiene que seguir las siguientes pautas, en palabras de Cerezo Alberdi (2014: 49): “observar, ponderar y finalmente, al llegar el momento adecuado, adoptar la nueva moda [...] para no dar nota de escándalo a nadie”.

En cuanto al tiempo, al igual que fray Antonio de Guevara venera la edad antigua frente a la moderna, pues el autor se lamenta porque en los tiempos pasados daban los títulos y honras a las personas de calidad. En cambio, en su época, Gracián Dantisco (1968: 131) explica que se daban “sin mirar los méritos, ni a la nobleza, ni al estado y calidad”. Respecto al linaje no es tan importante para Gracián Dantisco como lo era para Castiglione, pues escribe la obra para que los hombres puedan dotarse de compostura y gusto. Este aspecto de dar honores con mayor liberalidad también se puede apreciar en fray Antonio de Guevara, pues en ese momento para recibir mercedes no era necesario pertenecer a la nobleza de cuna. Pese a esto, según Cerezo Alberdi (2014: 50), para Lucas Gracián Dantisco “esta excesiva liberalidad que por fuera puede parecer buena, la considera vana y consistente en semblantes sin efecto y palabras sin significación”.

Por otro lado, el hecho de que el Galateo se base para todo en la discreción hace que al final se convierta en costumbre, lo que llevará de la discreción al disimulo. Por tanto, para sobrevivir en el laberinto cortesano deben unirse tanto la discreción como la disimulación. A través de la discreción, el Galateo encubre con tal arte y gracia los instintos bajos y sujeta las pasiones y, como consecuencia, el disimulo le ayudará a ocultar sus sentimientos y pensamientos frente a los demás o puede encubrir sus ejecuciones u objetivos, a la vez que previene los obstáculos que se le presentan. Como ya vimos en la obra de Castiglione en el segundo libro cobra especial importancia la discreción que servía para que el cortesano se adaptase a las circunstancias y esto mismo es lo que explica Lucas Gracián Dantisco.

Saber emplear la disimulación es importante para no llevar la contraria a los demás, esto es, cuando uno está equivocado no hay que recriminarlo porque si hacemos esto lo desagradamos y este no es el objetivo, sino que lo que debe hacer el Galateo es avisarlo mediante expresiones más cortesanas como el ejemplo que propone Gracián Dantisco (1968: 168): “miremos bien si es así como vos dezis”, entre otros. Una vez que se unen la

discreción y la disimulación, tal y como explica Cerezo Alberdi (2014: 51), el hombre se convierte “en un ser más virtuoso, [...] una aplicación defensiva de la discreción pueda optar por disimular a fin de facilitar la acción y prevenir posibles obstáculos”. No obstante, el arte de disimular y la disimulación, en ocasiones, lleva al engaño. Por lo que se convierte en una voluntad maliciosa, a través de la cual, según Cerezo Alberdi (2014: 52): “se espera obtener beneficio propio o mal ajeno del encubrimiento” y esto “será lo que nos arroje definitivamente hacia el terreno del vicio”. El *Galateo* emplea estos elementos porque en la sociedad cortesana tiene un valor muy importante la representación. En este momento, como ya hemos visto en las obras tanto de fray Antonio de Guevara como Alonso de Barros, según Norbert Elías citado por Cerezo Alberdi (2014: 52):

los cortesanos, con su sensibilidad exquisita para percibir las relaciones entre rango social y configuración de todo lo visible, estudiaban todos sus movimientos mientras observaban y emulaban a sus competidores, con los cuales libraban una incesante lucha de competencia por las oportunidades de status y prestigio.

Mediante este efecto de disimulación y emulación los cortesanos se parecían mucho unos a los otros y se camuflaban a través de una falsa apariencia. Además, para poder vivir y medrar en la sociedad cortesana es imprescindible que el cortesano sea avisado. En definitiva, la concepción de cortesanía que tenía Gracián Dantisco es más amplia que la de Castiglione, pues tal y como explica Cerezo Alberdi (2014: 41) la obra “fue predominante en la literatura áulica hispánica”, ya que “se abrió camino hacia las desventuras de un cortesano cuyo perfil resultaba mucho más modesto y humanista” y no tan idílico como el modelo presentado en *El cortesano*. En definitiva, en palabras de Álvarez-Ossorio (1998: 323), el *Galateo español* es “la obra clave de la buena crianza y de la urbanidad en el ámbito hispano”. La obra muestra, como ya se ha mencionado, la llave de la discreción para medrar y prevalecer en la corte. El hombre por naturaleza, según el autor, es sociable por eso tiene que vivir rodeado de gente y la sociedad cortesana es el lugar más indicado para ello.

Galateo español se erige como tratado de buenas maneras que indicaba al cortesano cómo debía usar la discreción para salir triunfante en el laberinto de palacio, conservando y aumentando sus riquezas y honor. A través de ella, el autor advierte al cortesano sobre los peligros de la sociedad cortesana, como el desengaño, el disimulo, la emulación, etc. Aunque su editora, Margherita Morreale, destacó que es una obra de cortesanía de tono menor, la obra, según Cerezo Alberdi (2014: 57), “debe ser tratada como una obra trascendente para el estudio de la sociabilidad cortesana que, guardándose de dar motivo de disconformidad

alguna, aleccionaba tan sutil y discretamente que, al hacerlo, guardaba una de sus principales máximas”: no destacar.

Como se ha podido observar, Gracián Dantisco hace mucho hincapié en la discreción. Esta misma línea es la que continúa Baltasar Gracián con algunas de sus obras como *El Discreto* o el *Oráculo manual y arte de prudencia*, aunque con una notable diferencia, pues Baltasar Gracián sigue la línea de Alonso de Barros, ya que ofrece consejos prácticos al cortesano para sobrevivir y medrar en la corte. Sin embargo, no se atiene tanto a las normas de buena crianza como lo hacían Castiglione o Lucas Gracián Dantisco.

3.5. El discreto y el Oráculo manual y arte de prudencia de Baltasar Gracián

Por último, serán analizados dos de los numerosos tratados de cortesanía de Baltasar Gracián: *El Discreto* y el *Oráculo manual y arte de prudencia*, que pertenecen al género de los libros de avisos que, como se ha mencionado con anterioridad, reunían consejos y principios de sabiduría práctica destinados a orientar al cortesano, mostrando el hilo para encontrar la salida, sobrevivir y medrar en el laberinto cortesano. Respecto a su trayectoria vital, el autor nació en enero de 1601 en Belmonte. De su entorno familiar se sabía poco hasta que, según explica Emilio Blanco (2003: 17), “Belén Boloqui [desbrozó] los orígenes de la familia Gracián con verdadera abnegación: fue hijo de Francisco Gracián, médico, y de Ángela Morales”. Baltasar Gracián tuvo una vida itinerante, nació en Belmonte y se trasladó con su familia a Ateca por motivos laborales. Allí, tal y como apunta Emilio Blanco (2003), debió tener su primer contacto con el estudio de las letras. Sale de Ateca y se traslada a Toledo para cursar Humanidades en un colegio jesuita.

Tardíamente sintió vocación y decidió seguir los estudios religiosos. La vida religiosa marcará su personalidad, al igual que le ocurrió a fray Antonio de Guevara. Adquirió una amplia formación, pues se formó durante dos años en Filosofía en Calatayud, donde, como apunta Emilio Blanco (2003: 18), comenzó a crecer “un aprecio extraordinario por la ética”. Más tarde, estudió Teología en Zaragoza, completando así su formación religiosa y en 1637 se ordena sacerdote, paralelamente comenzará su vocación literaria. En este momento, según Emilio Blanco (2003), parece que Baltasar Gracián ya ha adoptado su mayor característica, su “postura de superioridad”, con un carácter retraído y aislado. Fue profesor y se dedicó a enseñar Humanidades en el Colegio de Calatayud, de allí pasó a Valencia y de Valencia a Lérida, donde se encargó de impartir clases de Teología moral. Más tarde, se trasladó a Gandía donde impartió Filosofía en un colegio jesuita.

En 1636 vuelve a Huesca, allí fue confesor y predicador, como fray Antonio de Guevara. En Huesca, conoció al noble y estudioso don Vicencio Juan de Lastanosa que, como explica Emilio Blanco (2003: 19), es “el prototipo de mecenas del barroco”. En su palacio, se llevaban a cabo tertulias culturales en las que tomaban parte personas destacadas, ese ambiente recuerda al palacio de Urbino presente en la obra de Castiglione. Posiblemente, fue allí donde Baltasar Gracián comenzó a sentir que tenía la necesidad de ser escritor. No obstante, no podía publicar sus obras con su verdadero nombre, por lo que tuvo que usar seudónimos, pues según la orden jesuita ningún miembro debía publicar un libro sin que antes hubiese sido aceptado por la Compañía.

A mediados de 1639 en Zaragoza tuvo contacto con la corte, pues comenzó a ejercer como confesor del Duque de Nocera, virrey de Aragón, quien lo acompañará a visitar la corte. En cuanto a su forma de ver la corte, a Gracián le ocurre lo mismo que a fray Antonio de Guevara, pues al comienzo le parece un mundo maravilloso, pero a medida que va pasando el tiempo se da cuenta del desengaño que transmite esta, al igual que le ocurrió tanto a Antonio de Guevara como a Alonso de Barros y Gracián Dantisco. Desde Zaragoza se dirigió a Pamplona, donde fue informado sobre el inicio de la guerra de Cataluña. Hacia 1640 desempeñó el oficio de predicador en Madrid. Además, trabajó para la corte del rey Felipe IV, ya que auxilió espiritualmente a sus soldados. Sin embargo, cayó enfermo y lo trasladaron al hospital de Valencia. En 1646, tal y como apunta Emilio Blanco (2003: 20), “recibe destino como capellán castrense del ejército del marqués de Leganés, encaminado a socorrer una Lérida sitiada por el mariscal de La Mothe”. Finalmente, regresó a Huesca como predicador y profesor de Teología moral.

En cuanto a su trayectoria literaria, según Aurora Egido (1997: 7), Baltasar Gracián dedicó “toda una vida con y para los libros”, pues publicó numerosas obras entre las que se encuentran: *El Héroe*, *Museo de las medallas desconocidas españolas*, *El Discreto*, *Oráculo manual y arte de prudencia*, *Agudeza y arte de ingenio*, *El Criticón* o *El Político*, entre otras. De entre todas ellas, serán analizadas en este apartado *El Discreto* y *Oráculo manual y arte de prudencia*, pues es en estas obras donde se puede apreciar con mayor claridad el paso del cortesano virtuoso propuesto por Castiglione al cortesano discreto de Baltasar Gracián, ya que en ellas la discreción y la prudencia adquieren mayor relevancia.

Baltasar Gracián dedicó *El Discreto*, tal y como explica Aurora Egido (1997: 10-11), al “príncipe Baltasar Carlos”, no obstante, el príncipe “moriría en Zaragoza al poco de ser publicado este tratado”. Baltasar Gracián retoma en sus tratados muchos temas abordados ya por Castiglione para dar forma a un nuevo arquetipo humano, el cortesano discreto. Este

cortesano es una reelaboración del cortesano virtuoso adaptado al Barroco. Para darle forma al nuevo modelo, Gracián añade al sustrato propio de la cortesanía aportaciones de ámbitos muy diversos como la épica, la historia, la política o la filosofía moral. Así las cosas, consigue formular una nueva figura representativa del Barroco. Tanto es así, que el prototipo de hombre formado por Gracián sobresale y comienza a expandirse no solo por la corte, sino por la sociedad cortesana en general, pues ya en el siglo XVII la cultura cortesana se había expandido más allá de la propia corte, por lo que sus obras no solo aconsejan a los cortesanos, sino también a militares, catedráticos, diplomáticos o letrados. A través de su obra expone un sistema de valores que marcará la sociedad del momento.

Como su propio nombre indica, la obra se basa en el principio de la discreción, como vimos Lucas Gracián Dantisco tuvo la llave de la discreción y por esta senda continuará Baltasar Gracián. Ya a partir del siglo XVI, tal y como explica Álvarez-Ossorio (1998: 85), “la mayoría de los escritores áulicos comparten el reconocimiento de la preeminencia rectora de dos valores básicos para el *gobierno de uno mismo* en la corte de los reyes: la prudencia áulica y la discreción” y esto aparece claramente reflejado en sus obras.

En cuanto a la estructura, es una obra compuesta por veinticinco realces, para narrarlos el autor se basa en diversos géneros, es decir, nos presenta lo que Aurora Egido (1997: 55) denomina una “agradable variedad”, pues tal y como explica: “Gracián [...] registró sus realces bajo epígrafes que engarzan distintos subgéneros, muchos de los cuales son propios del Humanismo, como los diálogos, las cartas, las sátiras y el panegírico”, pero también introduce novedades como el emblema o el enigma.

El prototipo de hombre discreto propuesto por Gracián, en palabras de Álvarez-Ossorio (1998: 88): “abandonaba el castillo de las virtudes morales para convertirse en el arte de adaptarse a las circunstancias del entorno social con el único fin de sobrevivir a las tormentas durante la navegación cortesana”. La adaptación a las circunstancias ya la veíamos en el libro segundo de *El cortesano* de Castiglione, pero de una forma diferente. Además, en sus obras se ocupará de ridiculizar los excesos de buena crianza que aparecen reflejados en *El cortesano* y *Galateo español*. En este aspecto, sigue una corriente similar a la emblemática de Alonso de Barros, pues en sus obras explica aspectos prácticos para poder sobrevivir y medrar en la corte, no formas de comportamiento de buena crianza. En palabras de Sebastian Neumeinster (2005: 13), la discreción:

no es una virtud [...], pero es imprescindible para moderar las virtudes, la misericordia, p. ej., que salen del medio justo y se vuelven extremas y hasta

viciosas sin ella: clara reminiscencia de la mesotes aristotélica, el medio entre lo demasiado y lo insuficiente, adaptándose siempre a la situación.

Gracián en su obra se aleja de la idea del cortesano perfecto, protagonista de la obra de Castiglione, y marca las pautas para la formación de un cortesano discreto. Para redactar la obra partió de su propia experiencia hacia la relación circunstancial con los otros, en este aspecto, sí comparte la misma línea que seguían los autores estudiados con anterioridad. Tal y como explica Aurora Egido (1997: 23), el ámbito de discreción que propone el autor está lleno de “imágenes visuales, proverbios, refranes y dichos que encomian la cautela, el silencio, la prevención, el justo medio y el conocimiento de sí mismo”. A través de su obra, Gracián intenta apartarse, según Aurora Egido (1997: 25), “de la fe ciega en refranes de doble sesgo, así como de una cortesanía obsoleta que valía ya poco en su tiempo”. En su obra ya todo se ve desde la perspectiva del desengaño que, si ya era apreciable en la obra de fray Antonio de Guevara en adelante, más lo será en la obra de Baltasar Gracián, por tanto, presenta a su discreto como una figura desengañada que mediante la observación percibe el desengaño y es capaz de prevenirse gracias a la sabiduría y las agudas cautelas. Sin embargo, antes de que el discreto consiga dominar el mundo, deberá dominarse a sí mismo y para ello el autor da una serie de normas.

Aunque la obra gira en torno a la discreción, el autor trata diversos temas como, por ejemplo, la verdad y la mentira; la repartición de la vida y su brevedad; la sabiduría; la amistad; el genio y el ingenio; las burlas y las veras; la agudeza; o, la virtud; entre otros. No obstante, hace especial hincapié en explicar qué es lo que caracteriza al discreto, es decir, cómo debe ser ese nuevo hombre. Como veremos, no le da tanta importancia a la apariencia exterior como ocurría con Gracián Dantisco o Castiglione, sino que se centra en cualidades interiores. Una de esas cualidades será la sabiduría.

La sabiduría es fundamental para el autor y esto se aprecia perfectamente en el realce XIX, donde Gracián (1997: 310) explica que “el varón juicioso y notante [...] luego se hace señor de cualquier sujeto y objeto”. Este es el tipo de hombre que quiere formar Gracián (1997: 311), un hombre que “todo lo descubre, nota, advierte, alcanza y comprehende, definiendo cada cosa por su esencia”. Ser un hombre juicioso trae consigo beneficios como ser capaz de distinguir entre realidad o apariencia y descifrar las intenciones y fines de los demás. También recomienda que el hombre se rodee de hombres juiciosos, pues enseñan e iluminan mucho. Estos hombres se caracterizan, según Gracián (1997: 314), “ya por el extravagante reparo, ya por la profunda observación, la sutil nota, la juiciosa crisis, el valiente

concebir, el prudente discurrir, lo mucho que se les ofrece y lo poco que se les pasa”. El autor propone la mezcla de la razón y la virtud, pues esto ayuda, según Aurora Egido (1997: 30), “al hombre a aprender a vivir y a morir”.

Relacionado en cierto modo con la sabiduría, presenta Gracián el tema de la inestabilidad de la Fortuna, tratado también en sus obras por fray Antonio de Guevara y Alonso de Barros. En el realce XXIII, Gracián (1997: 340) dice al discreto que: “tiene la mentida Fortuna muchos quejosos y ningún agradecido”, narra la lucha del hombre contra la Fortuna a través de una fábula. Esto tiene relación con la sabiduría porque el varón sabio ha de saber que no puede dejar el surco de su vida en manos de ella. Según el autor, el hombre de buen deho –realce XII–, es quien entra a la corte y sale de ella bien, no obstante, el autor asemeja la corte con la casa de la Fortuna, esta casa tiene dos puertas: la del pesar y la del placer. Todos los hombres tienen que pasar por ambas, esto es, en la corte la presencia de la fortuna hace que haya tanto pesar como placer, unas veces está a su favor y otras en contra.

Otro aspecto que beneficia al discreto, si sigue a la razón, es el saber elegir. Este aspecto se encuentra recogido en el realce X, pues según Gracián (1997: 237): “todo el saber humano [...] se reduce hoy al acierto de una sabia elección”. Da mucha importancia al saber elegir, pues, según el autor, un hombre que sabe elegir es capaz de alcanzar el aplauso universal –realce V– un aspecto muy importante para Baltasar Gracián. Según Sebastian Neumeister (2005: 81), en cuanto a la plausibilidad “lo que importa sobre todo [...] es dónde y cómo se aprende esta plausibilidad”, en palabras de Gracián (1997: 200), la plausibilidad es “un modo de ciencia [...] que no lo enseñan los libros ni se aprende en las escuelas; cúrsase en los teatros del buen gusto y en el general, tan singular, de la discreción”. Expone cuáles son las partes de la erudición plausible, como la noticia universal, esto es conocerlo todo; el saber de todo lo corriente un poco, pues para ello es muy importante la observación; que los estudios den su fruto; comprender al resto de sujetos; y, apreciar las letras. En este mismo realce Gracián (1997: 204) introduce también el arte de conversar, pues “más sirvió a veces esta ciencia usual, más honró este arte de conversar que todas juntas las liberales”, la importancia de la conversación sí la comparte con Castiglione y Lucas Gracián Dantisco, cuya obra gira en torno al arte de conversar.

El discreto también debe ser capaz de aunar el genio y el ingenio, tal y como explica Aurora Egido (1997), el genio es naturaleza y el ingenio arte y perfección. Gracián (1997: 163) dedica el realce I al genio e ingenio, explica que estos son los ejes del lucimiento discreto, pues “la naturaleza los alterna y el arte los realza”. Aunar ambos trae consigo el brillo asegurado. Sin embargo, si los separamos, tal y como explica el propio Gracián (1997:

166): “el uno sin el otro fue en muchos felicidad a medias, acusando la envidia o el descuido de la suerte”. Según el autor topar con hombres de su genio e ingenio es una gran suerte. En cuanto al conocimiento adquirido, Aurora Egido (1997: 43) explica que el autor “huía de los hombres de un solo tema y aspiraba al conocimiento universal” y esto se puede apreciar desde el comienzo hasta el final de la obra, pues comienza hablando del genio y el ingenio y termina tratando el tema de las artes, sin olvidar que todo lo redacta a partir de su propia experiencia.

Entre las cualidades que le atribuye al nuevo hombre, también encontramos en el realce III que debe ser un hombre de espera. En este realce Gracián (1997: 182) explica que la espera ha de ser “toda ella de todas maneras grande: gran ser, gran fondo y gran capacidad”. Además, en el realce IV, encontramos que el discreto, según Gracián (1997: 197) tiene que ser galante, pues “todo grande hombre fue siempre muy galante, y todo galante, héroe, porque o supongo o comunico la bizarría de corazón y de condición, [...] la grandeza del realce y la del sujeto, doblan la perfección”. En el realce VI explica que el hombre no debe ser desigual, pues esto conlleva al arte de marear en palacio y este arte es una ordinaria desigualdad. La desigualdad es un vicio y el nuevo hombre ha de ser un hombre prudente que se mantenga en una posición intermedia y no cambie la razón de un extremo a otro sin explicación.

En el realce VII, explica qué es ser un hombre de todas horas. El discreto ha de repartir bien el tiempo para realizar todas las tareas. Además, expone que debe tener variedad, es decir, que sirva para varias cosas, pues esto está muy bien valorado por el resto de la sociedad. Como consecuencia, se formará un hombre sin límites. Este hombre, según Gracián (1997: 216): “no se hace de atar el discreto a un empleo solo, ni determinar el gusto a un objeto, que es limitarle con infelicidad; hízolo el cielo indefinito, criólo sin términos; no se reduzga él, ni se limite”. En este aspecto, muestra que la vida es una tragicomedia, pues es una mezcla entre lo trágico y lo cómico y una misma persona debe aunarlo todo a su tiempo y ocasión tanto reír como llorar, ser cuerdo y ser necio y todo ello para conseguir el aplauso de apariencia. El autor también destina parte de su obra al buen entendedor, haciendo referencia al dicho: “Al buen entendedor, pocas palabras bastan” y es que el cortesano es capaz de entenderlo todo con pocas palabras o, incluso, solo a partir de los gestos, ya que, según Gracián (1997: 220), la cara es el reflejo del alma: “[el] semblante es la puerta del alma”.

También aconseja que no sea malilla en el realce XI. Los malillas son personas que quieren llevarse bien con todo el mundo, en palabras de Gracián (1997: 246), los malillas se meten “a querer dar gusto a todos, que es imposible, y vienen a disgustar a todos, que es más fácil”. Por tanto, el autor deja claro que no se puede agradar a todo el mundo. Así las cosas, es mejor el uso de la templanza, pues según Gracián (1997: 247): “toda templanza es saludable,

y más de apariencia, que conserva la vida a la reputación”. En este aspecto, Gracián (1997: 248) recomienda que “si quisiese ganar la inmortal reputación, juegue antes del basto que de la malilla. Sea un extremo en la perfección, pero guarde el medio en el lucimiento”. En resumen, según Aurora Egido (1997: 34), “en el varón discreto se armonizan juicio, genio e ingenio como constitutivos esenciales de ser persona”. Por el contrario, el discreto debe huir de la ostentación, de la afetación –al igual que lo aconsejan todos los autores desde Castiglione hasta Lucas Gracián Dantisco–, de la figurería y de la hazañería.

Por otro lado, el autor hace hincapié en el tema de las burlas y las veras, en el realce IX recomienda al discreto que busque el término medio, ya que, según Gracián (1997: 239), “su rato han de tener las burlas; todos los demás, las veras”. Bajo el punto de vista del autor los que están siempre de burlas llegan a igualarse con los mentirosos, porque nunca se llega a saber cuándo están de veras y, de esta forma, el hombre que esté siempre de burlas pondrá en riesgo su decoro con facilidad. Tampoco se tiene que estar siempre de veras, las burlas también tienen que tener sus ratos, pero hay que adaptarlas a la ocasión. De nuevo, en el realce XIV advierte al discreto que no se rinda al humor, pues esto es una ordinaria vulgaridad, que atropella a la razón y los que están todo el día con el humor se vuelven necios y no se les toma en serio.

En lo que concierne a la agudeza, Gracián dedica algunos realces al hombre de buenos repentes –realce XV– y al diligente e inteligente –realce XXI–. Según Aurora Egido (1997: 51), respecto al hecho de tener buenos repentes, “Gracián recoge [...] variaciones sobre el arte de buen repentizar, acarrea ejemplos clásicos y finalmente encarna el despejo de la prontitud”. Según Gracián (1997: 279), todos los aciertos son buenos, pero si hay aciertos especialmente buenos son los repentinos, es decir, “si a todo acierto se le debe estimación, a los repentinos, aplauso; doblan la eminencia por lo pronto y por lo feliz”. Por otro lado, con la diligencia y la inteligencia ocurre lo mismo que con el genio y el ingenio tienen que estar unidas porque separadas tienen poco valor. La diligencia ejecuta lo que la inteligencia medita y juntas pueden vencerlo todo (Gracián, 1997: 332).

En cuanto a la temporalidad, hace referencia a la época, generando un debate entre los tiempos pasados y presentes, tal y como hicieron Guevara y Gracián Dantisco, pero al contrario que estos, Gracián (1997: 201) no subestima ni a los tiempos presentes ni a los futuros, sino que considera que hay igualdad y lo explica así: “En todos los siglos hay hombres de alentado espíritu, y en el presente, los habrá no menos valientes que los pasados, sino que aquéllos se llevan la ventaja de primeros, y lo que a los modernos les ocasiona envidia, a ellos autoridad”. Por otro lado, el autor da especial importancia a la repartición del

tiempo, por lo que dedica el último realce de la obra a explicar cómo el discreto debe organizar su vida.

Según el jesuita, el hombre sabio tiene que saber vivir bien su vida. Para llevar una buena vida Gracián (1997: 363) recomienda al discreto que dedique el primer tercio de su vida a leer y adquirir conocimientos sobre todo hasta que “la Filosofía Moral le [haga] prudente; la Natural, sabio; la Historia, avisado; la Poesía, ingenioso; la Retórica, elocuente; la Humanidad, discreto; la Cosmografía, noticioso; la Sagrada Lición, pío; y todo él, en todo género de buenas letras consumado”. En el segundo tercio tiene que dedicarse a peregrinar y observar, ya que ver las cosas es mejor que imaginarlas, así Gracián (1997: 363) explica que se hace un “hombre de curiosidad y buena nota”. De esta forma, adquiere la ciencia experimental tan estimada por los sabios y puede comunicarse con los más poderosos y sabios del mundo. Finalmente, durante el tercer periodo, según Gracián (1997: 164), el discreto se ocupará de meditar “lo mucho que había leído y lo más que había visto”, pues el cuerpo ya está cansado y el alma más fuerte. En definitiva, según Sebastian Neumeister (2005: 73), “la colección de todas estas cualidades [...] conduce, por lo tanto, en dos direcciones: hacia el hombre de plausibles noticias [...] y hacia la virtud, tan esencial para realizar la discreción”.

Cuando el discreto ha alcanzado la última etapa de la vida está preparado para recibir la corona discreción –realce XXIV–, pues tal y como explica Sebastian Neumeister (2005: 73): “La meta de la vida del discreto, después de haber conseguido una «noticiosa universalidad» compuesta de la filosofía moral y natural, la historia, la poesía, la retórica, la humanidad, la cosmografía, y la «sagrada lición», es la entereza, corona de la discreción”. Respecto a la corona de la discreción, el autor explica en su obra que es necesaria la meditación de la muerte, en palabras de Sebastian Neumeister (2005: 81): “la meditación de la muerte es la esencia del saber filosofar, clasificado asimismo corona de la discreción [...] suministrada por el discernimiento del bien y del mal, es decir, por la discreción”. El varón que debe recibir la corona de la discreción, según Gracián (1997: 349), es el varón consumadamente perfecto, que tiene que aunar:

la Alteza de Ánimo, la Majestad de Espíritu, la Autoridad, la Estimación, la Reputación, la Universalidad, la Ostentación, la Galantería, el Despejo, la Plausibilidad, el Buen Gusto, la Cultura –gracia de las gentes–, la Retentiva, lo Noticioso, lo Juicioso, lo Inapasionable, lo Desafectado, la Seriedad, el Señorío, la Espera, lo Agudo, el Buen Modo, lo Plático, lo Ejecutivo, lo Atento, la Simpatía Sublime, la Incomprehensibilidad, la Indefinibilidad, con otras muchas desde porte y grandes.

A todo este conjunto de cualidades, Gracián (1997: 353) prefiere llamarlo en una sola palabra: “Entereza”. Como hemos visto, Gracián da especial importancia a la sabiduría que se adquiere a través de los libros. Respecto a ello hay estudiosos, como Sebastian Neumeister (2005: 81), que opinan que “la academia donde se saca el saber de los libros se transforma en una academia metafórica, la academia de la vida”. Según Aurora Egido (1997: 33), “*El Discreto* se perfila como un vivir junto a los libros que al final termina en ellos”.

Para Sebastian Neumeister (2005: 76) “la discreción se entiende [...] como prudente reserva, mientras que la prudencia ocupa más y más el terreno de la práctica”. Baltasar Gracián es capaz de diferenciar perfectamente entre discreción y prudencia y las separa perfectamente en sus obras, pues en *El Discreto* trata la discreción y en el *Oráculo manual y arte de prudencia*, se centra más en la prudencia. En esta obra, según Elena Cantarino (2011: 153): “la prudencia se convierte en «arte de prudencia», un conocimiento y sabiduría práctica, esto es, la prudencia pasa a ser una virtud intelectual práctica que se refiere a la acción humana como algo realizable y operable, y cuya misión consiste en dirigir nuestra conducta”.

Un año después de la publicación de *El Discreto*, fue publicado el *Oráculo manual y arte de prudencia* en 1647. Según Emilio Blanco (2003: 21), cuando Gracián publica esta obra ya había vivido mucho “en el sentido más pesimista y barroco de la expresión pues ha tenido tiempo de desengañarse del mundo y de su trato con los demás en los diversos lugares por donde ha pasado”. La obra está compuesta por trescientos aforismos, donde se tratan diversos temas algunos muy semejantes a los que trató en *El Discreto*. Sin embargo, al contrario que en *El Discreto*, donde se ciñe a dar las pautas que debe seguir el varón discreto, en el *Oráculo* intentó crear el diseño de un varón integral que lo aunara todo.

El propósito de Baltasar Gracián al publicar esta obra, bajo el punto de vista de Emilio Blanco (2003: 30), es mostrar el arte de prudencia como “norma de conducta que permite el triunfo moral en la vida cotidiana”. Por esta vía oscila la opinión de Aranguren, citado por Elena Canterino (2011: 153), según él la prudencia es “el ejercicio de la *razón natural*, no en abstracto, sino en su aplicación concreta y práctica a la *experiencia* de la realidad”. En cambio, en sus obras anteriores mostraba una serie de normas de comportamiento basadas en la cristiandad, pues al igual que le ocurría a fray Antonio de Guevara, la vida religiosa también marcó su redacción. En el *Oráculo* introduce una nueva forma de escritura: el aforismo.

Con esta obra, el autor pretende que el lector sepa obrar adecuadamente a cada contexto, es decir, adaptándose a la ocasión. Según Elena Canterino (2011: 155), “el papel de la “ocasión” es de gran importancia para comprender no sólo la política y la moral sino

también la propia visión del mundo y de la realidad que poseía el hombre barroco”, la importancia de adaptarse a la ocasión ya se podía apreciar en *El Discreto*. Aunque durante este siglo los aforismos estaban a la orden del día, según Emilio Blanco (2003: 41), “el aforismo graciano tiene un carácter peculiar que, unido al estilo, lo hace fácilmente reconocible”. Normalmente, se trata de una breve sentencia, seguida de unas breves reflexiones que tienen que ver con la sentencia expresada. A través de los aforismos, Gracián ofrece al lector normas prácticas para triunfar y sobrevivir en el cambiante mundo cortesano. Según estudiosos como J. Ignacio Díez (2007: 42), con la publicación de esta obra:

Gracián se aparta del gusto renacentista por el texto [...] amable, lleno de frases y personajes célebres. Por eso en el *Oráculo* la anécdota ha desaparecido, al igual que casi toda la referencia a los nombres: no pretende citar; el propósito es otro: quintaesenciar la sabiduría en una colección que se adapta hasta tal punto al lector que es él quien le da forma.

En el libro, Gracián trata diversos aspectos como la sabiduría, reglas, artes, dominarse uno mismo, la búsqueda del conocimiento, la observación, la clasificación de consejos, la ocultación, la negación de la ostentación, la acomodación a la circunstancia y a los fines, la razón, la oposición entre palabras y obras, el valor de la amistad, la reflexión sobre la verdad y la mentira, el juego, el comercio, la cautela, tretas, estrategias, ardides, trazas, contratretas o contraardides. Como se puede observar la temática del *Oráculo* es muy variada.

La sabiduría de la que Gracián trata en esta obra, para estudiosos como Elena Canterino (2011: 153) es “una sabiduría práctica encaminada a la búsqueda de bienes humanos que se les supone a aquellos que saben reconocer lo que es bueno para ellos y para los hombres², es decir, es un saber más que humano, que la tradición latina transmitía al occidente cristiano bajo el nombre de *prudencia*”. Por tanto, la obra gira prácticamente en torno al *saber*. Por ejemplo, el nuevo hombre debe “saber abstraer” (aforismo 33), es decir, tiene que aprender a negarse a las cosas que no se quieren o no se deben hacer; “saber usar las varillas” (aforismo 37); también tiene que “conocer las cosas en su punto, en su sazón, y saberlas lograr” (aforismo 39). Al igual que ocurría en *El Discreto*, el autor da importancia al saber elegir bien, “hombre de buena Elección” (aforismo 51); debe “saber negar” (aforismo 70), en este aspecto, Gracián (2003: 141) destaca el modo de decir las cosas: “Aquí entra el modo: más se estima el *no* de algunos que el *sí* de otros, porque un *no* dorado satisface más que un *sí* a secas”, antes de negar o afirmar el hombre ha de pensar mucho. Otro aspecto destacado es “saber hazerse a todos” (aforismo 77), esto es, tendrá que comportarse de una

manera o de otra dependiendo de con quien esté, por ejemplo, con el docto se ha de ser docto; y, con el santo, santo, pues esto es, según Gracián (2003: 145), “gran arte de ganar a todos, porque la semejança concilia benevolencia”, se debe hacer uso de una “política transformación” (2003: 146), adaptándose a la circunstancia y a la ocasión.

También tiene que “saber declinar a otro los males” (aforismo 149); “vender sus cosas” (aforismo 150), esto es, el hombre ha de mostrar a los demás cómo es, porque, según Gracián (2003: 183), “no todos muerden la substancia, ni miran por dentro”. Debe “saber sufrir a los necios” (aforismo 159), para tolerar las necesidades de los demás se necesita mucha paciencia. Ha de “saber triunfar de la emulación y malevolencia” (aforismo 162), en otras palabras, no tiene que ser envidioso. Es importante que el hombre sepa “estimar” (aforismo 195), pues tiene que reconocer el mérito de los demás, según Gracián (2003: 209): “El sabio estima a todos porque reconoce lo bueno en cada uno y sabe lo que cuestan las cosas de hazerse bien. El necio desprecia a todos por ignorancia de lo bueno y por elección de lo peor”. “Saber jugar de la verdad” (aforismo 210), pues la verdad, según Gracián (2003: 217), “es peligrosa, pero el hombre de bien no puede dexar de dezirla: aí es menester el artificio” y el modo. El hombre tiene que “saber contradecir” (aforismo 213), puesto que si sabe contradecir a la persona, al final, mediante la sutileza podrá sonsacarle la verdad.

Tiene que “saber tomar las cosas” (224). Según explica el autor, todas las cosas tienen dos caras, todo tiene ventajas y desventajas, está en el hombre elegir cómo ha de tomárselas o “saber hazer el bien” (aforismo 255). El nuevo hombre también deberá “saber renovar el genio con la naturaleza y el arte” (aforismo 276), “saber hazer la tentativa” (aforismo 291) por mencionar algunos de ellos, pues como se ha dicho la obra está repleta de aforismos relacionados con la sabiduría práctica. Finalmente, en cuanto a este aspecto es importante destacar que el hombre tiene que “saber repartir su vida a lo discreto” (aforismo 229), esta repartición es idéntica a la que el autor presentó en su obra *El Discreto*. Resulta contradictorio que a lo largo de toda la obra Gracián (2003: 227) aconseje acomodarse a la ocasión y en el momento de repartir la vida aconseje que debe repartir su vida “no como se vienen las ocasiones, sino por providencia y delecto”. Vemos como al igual que en la repartición de *El Discreto*, Gracián valora mucho la erudición. En definitiva, tal y como explica Emilio Blanco (2003: 130):

todo lo necesario para la vida, desde aprender a olvidar hasta aprender a obligar, pasando por saber pedir y saber negar, concordar con todos, aprovechar incluso los errores propios, cómo encajar las cosas e incluso dominar el arte de

hacer que los demás dependan de uno. Se trata en definitiva de una suerte de marketing del siglo XVII, que llevará al prudente a “saber vender sus cosas”, porque «valer y saberlo mostrar es valer dos veces».

Por otro lado, el autor presenta una serie de reglas. Entre ellas se encuentran tener “seso trascendental” (aforismo 92), para el autor es imprescindible tener conocimiento, por tanto, esta, según Gracián (2003: 153), “es la primera y suma regla del obrar y del hablar, más encargada quanto mayores y más altos los empleos”, pues para ganar fama el hombre ha de tener reputación de cuerdo. El autor denomina algunas de estas reglas como “reglas del vivir”. Las reglas del vivir, según Emilio Blanco (2003: 49), son “las que buscan un fin práctico de beneficio personal”. Entre ellas se encuentran “vivir a lo plático” (aforismo 120), en este aspecto el hombre debe adaptarse al presente, al igual que ocurría con el Galateo propuesto por Gracián Dantisco. Otra de las reglas es “no hazer negocio del no negocio” (aforismo 121), el hombre tiene que dejar estar las cosas, no darle más importancia de la que merecen. También explica que “no es necio el que haze la necesidad, sino el que, hecha, no la sabe encubrir” (aforismo 126), por tanto, una de las reglas del vivir es saber olvidar. En otro de los aforismos encontramos la necesidad de “doblar los requisitos de la vida” (aforismo 134). Otra de las reglas del vivir es “reservarse siempre las últimas tretas del arte” (aforismo 212), pues, según Gracián (2003: 219), “el retén en todas las materias fue gran regla del vivir, de vencer, y más en los empleos más sublimes”. Por último, otra de las reglas del vivir que propone el autor es “dexar con hambre” (aforismo 299), es bueno dejar a las personas con ganas de más, así nunca dejarán de estimarlo. Aquí se puede apreciar la necesidad de la dependencia propia del Barroco.

Esta dependencia también se puede apreciar, por ejemplo, en el “hazer depender” (aforismo 5), que consiste en que el hombre no debe enseñar demasiado a su discípulo, pues si el aprendiz sabe más que el maestro lo abandonará. Relacionado con este aspecto encontramos el hecho de “llegar a ser deseado” (aforismo 124). Otro aviso que da Gracián es “saber empeñar los dependientes”; en el aforismo 286 explica que no debe dejarse obligar, porque sería esclavitud, sin embargo, recomienda que haga que muchos dependan de él. Estas son algunas de las relaciones de dependencia que expone Baltasar Gracián.

Respecto a la noción de arte, Emilio Blanco (2003: 50) explica que Gracián se refiere al “sentido de arte como técnica o conjunto de normas que enseñan a desempeñar una actividad” como, por ejemplo, el “arte para ser dichoso” (aforismo 21), el “arte en el intentar” (aforismo 78), para intentar las cosas el autor explica que “conviene ir detenido donde se teme

mucho fondo; vaya intentando la sagacidad y ganando tierra la prudencia” (aforismo 78). El “arte para vivir mucho” (aforismo 90), en este aspecto, el autor explica que quien vive deprisa con el vicio acaba rápido y quien vive con la virtud nunca muere. En cuanto al “arte de dejar estar” (aforismo 138), lo mejor es no discutir, pues el tiempo pone todo en su lugar.

Baltasar Gracián proporciona al lector una serie de consejos para que tenga claro cuáles y cómo han de ser sus acciones y operaciones, y estas, según Emilio Blanco (2003: 52), “lo conducirán sin duda al éxito en función de la prudencia”. La primera de ellas es que el hombre debe dominarse a sí mismo, a través de la búsqueda del conocimiento para, por último conocer a los demás y así elegir con quién sí y con quién no debe relacionarse. Para ello, proporciona avisos para que el hombre se regule a sí mismo y también a los demás.

En cuanto a las apariencias, en la época del Barroco en la que vive el autor, en palabras de Emilio Blanco (2003: 53), “las cosas no son lo que parecen, sino que habitualmente triunfa la apariencia sobre la realidad, tanto en el ámbito de las cosas [...] como en el de las personas”. Esta apariencia le permitirá conocerse a sí mismo y a los demás, descubrir a los más sabios del siglo y calar al resto y darse a valer. La apariencia es un ejercicio de ocultación y la importancia de ella se puede apreciar a lo largo de numerosos aforismos como en el 3, el 160 o el 212. También es básico dominar el arte del disimulo, que aparece ya en el aforismo 13 y en el 98. Respecto a ello, Gracián (2003: 250-251) explica que “el sabio dissimulo es el más plausible alarde”, el hombre del *Oráculo* también busca el aplauso universal, al igual que el discreto. También debe acomodarse a las circunstancias algo que se ve tanto en *El Discreto*, como en la obra de Castiglione y Lucas Gracián Dantisco.

El jesuita es muy reflexivo y una de las reflexiones que aparece en el *Oráculo manual* es la que trata sobre la verdad y la mentira, pues tal y como explica Emilio Blanco (2003: 59):

en un mundo presidido por el desengaño, parece que la verdad es de pocos, se ve y no se oye, porque llega generalmente teñida de los afectos a las bocas por donde ha pasado. Ya no se dice la verdad, y probablemente por eso las verdades que más [...] importan vienen siempre a medio decir. [...] El problema se plantea cuando afirma que la mentira se le ha adelantado a la verdad, lo que le lleva a defender que “sin mentir, no decir todas las verdades”, dado que no todas se pueden proclamar, por más que en otros casos censure la falsedad.

El desengaño era algo que ya se veía desde la obra de fray Antonio de Guevara, el nivel de desengaño va aumentando con el paso del tiempo.

En el último aforismo, Gracián resume al nuevo hombre en una sola palabra: santo. Explica que ser santo implica: ser prudente, atento, sagaz, cuerdo, sabio, valeroso, reportado, entero, feliz, plausible, verdadero y universal héroe. En este aforismo da especial importancia a la virtud, pues, según Gracián (2003: 261), “no ai cosa amable sino la virtud, ni aborrecible sino el vicio”, “la virtud es cosa de veras, todo lo demás de burlas”, “la capacidad y grandeza se ha de medir por la virtud, no por la fortuna” y la virtud “se basta a sí misma. Vivo el hombre, le haze amable; y muerto, memorable”.

Respecto a la estructura, aunque los consejos aparentemente están desordenados, todas estas imágenes contribuyen a, según Emilio Blanco (2003: 63), “aumentar la sensación de unidad del libro, pese al fragmentarismo”. Es necesaria una lectura atenta por parte del lector para que se aprecie esa unidad. Probablemente, Gracián hizo esto para romper con lo tradicional, en palabras de Emilio Blanco (2003: 63): “Gracián intentó evitar esa organización de los contenidos, y [...] por ello escogió la forma de la colección de aforismos frente a los tratados anteriores”. Como se ha mencionado, la obra está orientada a dar consejos que sirvan como beneficio y éxito personal, para ello el prudente tiene que buscar el término medio entre lo natural y el arte y esto es lo que el autor denomina *sindéresis* (aforismo 96). Algo similar ocurría en la obra de Castiglione con la *gracia* y la *sprezzatura*. En palabras de Emilio Blanco (2003: 51): “todo el libro, pese a la inconsistencia formal motivada por el aforismo, es una suerte de manual de primeros auxilios para un comportamiento prudente”.

En definitiva, hay estudiosos como J. Ignacio Díez Fernández (2007: 43) que creen que las diferencias entre ambas obras se deben a que “Gracián se aparta del gusto renacentista por el texto [...] amable, lleno de frases y personajes célebres”. Además, en el *Oráculo* la anécdota que aparecía en *El Discreto* ya no tiene cabida. Sebastian Neumeister (2005: 72) explica que, aunque en ambas obras aparece la discreción lo hace “en diferentes contextos”.

No obstante, como se ha mencionado con anterioridad, algunos temas de las dos obras analizadas de Gracián comparten temas similares. Algunos de ellos son aunar el genio y el ingenio (aforismo 2), el decir y el hacer (aforismo 202), ser un hombre de espera (aforismo 55), galantería (aforismos 22, 73, 88, 118, 131, 256 y 272), ser hombre de plausibles noticias (aforismo 22), buscar la plausibilidad a través de los empleos (aforismo 67) o dar plausibles noticias (aforismo 188). También trata sobre el no ser desigual (aforismo 71), ser buen entendedor (aforismo 25), dedica aforismos a las burlas y las veras (aforismo 76 y 241), ser hombre de buena elección (aforismos 31, 51 o 156), que no sea malilla (aforismo 85), que sea hombre de buen dejo (aforismo 59), que no sea hombre de ostentación (aforismo 277), el no rendirse al humor (aforismo 69), ser hombre de buenos repentines (aforismo 56), ser hombre en

su punto (aforismo 6), la cultura y el aliño (aforismo 87), que sea un hombre juicioso y notante (aforismo 49), contra la hazañería (aforismo 295), aunar la diligencia y la inteligencia (aforismo 53), el modo (aforismos 14, 17, 70, 103 y 210), el arte para ser dichoso (aforismo 21) y la repartición de la vida (aforismos 174 y 229).

Como hemos visto, el prototipo de hombre propuesto por Baltasar Gracián se aleja mucho del que propuso Castiglione hacía más de un siglo, pues durante ese largo periodo de tiempo se produjeron cambios de todo tipo, tanto históricos como sociales, filosóficos o políticos, que hicieron que la mentalidad del hombre del Barroco fuese muy diferente a la renacentista. Por ello, la última parte de este estudio está dedicada a analizar no solo los cambios que se produjeron entre ambos arquetipos, sino también la evolución entre las distintas modalidades literarias en que se desarrolla el discurso cortesano: tratado de cortesanía, libros de avisos y sátira anticortesana. En definitiva, se hará un repaso tanto de contenido como formal.

4. Conclusiones: evolución del cortesano al discreto

Como conclusión se ofrecerán las líneas maestras que marcan las principales diferencias entre los textos analizados, en los que se aprecia la evolución del cortesano al discreto. Estas diferencias no se muestran solo en el contenido, sino también en la forma. Algunas de las diferencias que atañen al contenido son la expansión de la Corte; el paso de la teoría a la práctica, es decir, se pasa de lo que se considera honesto a lo útil; la paulatina desconfianza en el hombre, que se puede apreciar a medida que crece el desengaño; o, el paso de la naturalidad a la teatralización, que trae consigo la hipertrofia de las apariencias frente a la realidad.

Una de los procesos que más claramente se observa a través de esta literatura es la expansión de la cultura de Corte al conjunto de la sociedad política, pues cuando Castiglione redactó su obra la corte se ceñía solamente a los alrededores más cercanos al palacio donde vivía el rey, por eso dedica su obra a crear el arquetipo humano que quería formar parte de esa Corte. No obstante, paulatinamente, se fue expandiendo hasta que en el siglo XVII, la cultura de corte se amplió, por emulación, a todo el territorio de la Monarquía, hasta tal punto que Gracián no dedica sus avisos de *Oráculo manual y arte de prudencia* a un tipo de persona en concreto, sino que da píldoras de sabiduría a modo de libro de bolsillo que pueden servir a cualquier tipo de persona que se mueva en los círculos de sociabilización distinguidos.

La personalidad del hombre también evoluciona, pues al comienzo se presentaba un hombre honesto, que velaba por el bien común sirviendo y aconsejando rectamente al monarca. No obstante, conforme va pasando el tiempo, ya en la obra de Guevara se puede apreciar la acentuación del individualismo y el afán de medro personal, la misma tendencia hacia la que apuntaba el testimonio de Guevara, crudamente realista en su retrato de los verdaderos entresijos de la Corte. En ese sentido, la oposición que presenta en su *Menosprecio* entre Corte y aldea se debe a que tras varios intentos no pudo cumplir sus objetivos de ascenso, lo que le llevó a lamentarse por haber perdido parte de su vida en la Corte. Para contrarrestar el desengaño que le ha producido ese mundo, idealiza otro tipo de vida, la vida tranquila y pacífica de la aldea, que es el contrapunto virtuoso de la vida en palacio. Paulatinamente, los tratados de cortesanía en los que se plasmaba un ideal de perfección van dando paso a otra modalidad literaria, los libros de avisos, que acumulan consejos prácticos para sobrevivir en el laberinto cortesano, pues el hombre ha de estar preparado para acometer todo tipo de circunstancias. Con el paso del tiempo, el hombre se va preocupando menos por lo colectivo y se centra en lo individual, es decir, en ganar beneficio

propio, como vemos en las obras de Baltasar Gracián, pues el uso de estrategias tan refinadas como el “hacer depender” para mantener el predominio sobre el otro, por ejemplo, era impensable para el arquetipo renacentista.

Ese desengaño también lo muestra la paulatina pérdida de confianza en el hombre. La alusión a la falsa amistad se puede apreciar a lo largo de todas las obras, excepto en los tratados de cortesanía de Castiglione y Gracián Dantisco. Como vimos, para fray Antonio de Guevara todo lo que estaba relacionado con la corte era negativo y allí dentro no había amigos verdaderos, solo competidores. En cambio, en la aldea sí podía disfrutar de un ambiente familiar y amigable. Por otro lado, Alonso de Barros dedica dos casillas de su obra a este aspecto: la Falsa Amistad y el Pródigo, pues el pretensor comienza desconfiando en el Pródigo y avanza por el intrincado laberinto de palacio hasta toparse con “amigos”, en ese momento, decide volver al pródigo porque estos son aún peor que él. Finalmente, la desconfianza, en las obras de Baltasar Gracián, se puede apreciar con mucha facilidad, pues el hombre que presenta solo confía en sí mismo y su primera regla debe ser el conocerse a sí mismo para después conocer bien a los demás, porque uno no se puede quedar con la primera impresión, ya que es consciente de que está rodeado por un entorno aparente que nada tiene que ver con la realidad.

Por ello, la apariencia, la discreción y el disimulo van adquiriendo cada vez mayor relevancia hasta convertirse en los ejes de la teatralización de la vida en el Barroco, cuando el desarrollo de los elementos escénicos cobra una importancia crucial. Esa teatralización consiste en saberse mostrar en la escena social con el afán de alcanzar el aplauso universal, tan ansiado por el hombre que propone Baltasar Gracián, y el reconocimiento de los otros por medio de estrategias claramente pensadas, esto también lo podemos apreciar en la obra de Lucas Gracián Dantisco, pues el *Galateo* estaba concebido no solo para agradar al rey, sino también para agradar a todas las gentes en general. Esa teatralización llega hasta tal punto que no se sabe qué es realidad y qué apariencia, lo que incrementa la sensación de inseguridad, incertidumbre y desconfianza propia del período. Esto no lo veíamos en el tratado de Castiglione, si bien en esa ocultación del arte llamada *sprezzatura* —el descuido, la desenvoltura, que hacia parecer natural toda acción del cortesano— se hallaba ya el germen de esta deriva.

Por otro lado, también se puede apreciar la evolución del concepto de medro. Para Castiglione, el medro no era otra cosa que verse tocado por la gracia real en forma de oficios y mercedes como justa compensación por un servicio virtuoso. No obstante, ya a partir de fray Antonio de Guevara, quedan de manifiesto las vías alternativas —no tan sujetas a la

moral– que se le abren al cortesano para la consecución de sus objetivos. En Alonso de Barros, este camino de medro queda objetivado en la figura del pretensor y en el mismo tablero que da origen a la *Filosofía cortesana*: un juego de competencia en el que varios jugadores pugnan por alcanzar la palma de la victoria. Por último, Gracián presenta el arquetipo de un hombre desengañado y discreto que se preocupa de vivir de manera práctica, adaptándose a todas las circunstancias en un universo hostil donde la primera tarea es sobrevivir.

Esa teatralización hace que se produzca una confusión entre la realidad oculta y el juego de las apariencias tan propia del Barroco. Por eso, para su análisis y comprensión, Gracián se acerca a la realidad de manera empírica, desarrollando de manera sistemática el ámbito de la circunstancia, pero mostrándose incapaz de formular una regla generalísima al modo de Castiglione, posiblemente porque desconfíe de la operatividad de dichos presupuestos universales en un mundo complejo, confuso y ambiguo como el que le rodea.

Esa evolución también se muestra en la genética de los libros, pues en el siglo XVI Castiglione escribe un tratado de cortesanía donde expone el modelo del perfecto cortesano a través de un diálogo entre personas ilustres. Durante esa época la corte va evolucionando y, años más tarde, cortesanos como Guevara ofrecerán una visión mucho más descarnada y realista de aquel universo áulico, lo que dará lugar al cultivo de la sátira anticortesana. Finalmente, Baltasar Gracián recurrirá a la elaboración de libros de avisos, mucho más adecuado para la consecución de un fin pragmático: la exposición de pequeñas píldoras de conocimiento práctico para la vida en corte.

Esta tendencia se observaba ya en autores del Quinientos como Alonso de Barros, que no presentaban en sus obras formas de comportamiento para el perfeccionamiento del cortesano, sino que atendían a las venturas y desventuras del laberinto de la Corte, para que el hombre fuese consciente de las fortunas y adversidades a los que se exponía en ese microcosmos áulico. En el mismo período, autores como Gracián Dantisco dieron pautas de “buenas maneras” no para formar un perfecto cortesano, sino para formar un buen *Galateo*. *Galateo* significa ‘buenas maneras’ y su obra consiste en eso, en dar consejos prácticos al hombre para que una vez que esté en la Corte sepa comportarse para recibir el aplauso del príncipe y de todas las gentes. Ya a mediados del siglo XVII, Baltasar Gracián presenta dos obras de avisos, que no se centran para nada en las normas de comportamiento, sino que están dirigidas a la sabiduría práctica, una de ellas, *Oráculo manual y arte de prudencia*, presenta unos conocimientos tan prácticos que se reflejan en aforismos, donde no se extiende, sino que presenta una serie de consejos quintaesenciados y de aplicación general.

Como se ha mencionado a lo largo de todo el trabajo, estos autores redactan sus obras a partir de su propia experiencia, lo que nos permite conocer cómo era el sistema político-social de aquella etapa. Por tanto, gracias al estudio de estas obras puede conocerse el contexto en que fueron escritos textos de ficción como el *Lazarillo de Tormes* o las del propio Miguel de Cervantes, por mencionar algunas de ellas. En definitiva, gracias al estudio de algunas de las obras más señaladas de la literatura cortesana se ha podido esbozar tanto la evolución como las diferencias fundamentales que separan al cortesano del discreto, al hombre del Renacimiento del hombre barroco, el mismo que protagonizó lo más granado de nuestra literatura del Siglo de Oro.

5. Bibliografía

5.1. Bibliografía primaria

Barros, Alonso de (2018): *Filosofía cortesana moralizadora*, ed. de Ernesto Lucero, Madrid, Ediciones Polifemo, en prensa.

Castiglione, Baldassare (2011): *El cortesano*, ed. de Mario Pozzi, Madrid, Cátedra Letras Universales.

Gracián, Baltasar (1997): *El discreto*, ed. de Aurora Egido, Madrid, Alianza Editorial.

Gracián, Baltasar (2003): *Oráculo manual y arte de prudencia*, ed. de Emilio Blanco. Madrid, Cátedra Letras Hispánicas.

Gracián Dantisco, Lucas (1968): *Galateo español*, ed. de Margherita Morreale, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Guevara, Antonio de (1984): *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, ed. de Asunción Rallo, Madrid, Cátedra Letras Hispánicas.

5.2. Bibliografía secundaria

Álvarez-Ossorio, Antonio (1998): “Corte y cortesanos en la monarquía de España”, en Patrizi, G. y Quondam, A. (ed.), *Educare Il Corpo, Educare La Parola: Nella Trattadistica Del Rinascimento*, Italia, Bulzoni Editore, págs. 297-365.

Álvarez-Ossorio, Antonio (2001): “El arte de medrar en la corte: rey, nobleza y código de honor”, en Chacón Jiménez, F. y Hernández Franco, J. (ed.), *Familia, poderosos y oligarquías*, Murcia, Universidad de Murcia, págs. 39-60.

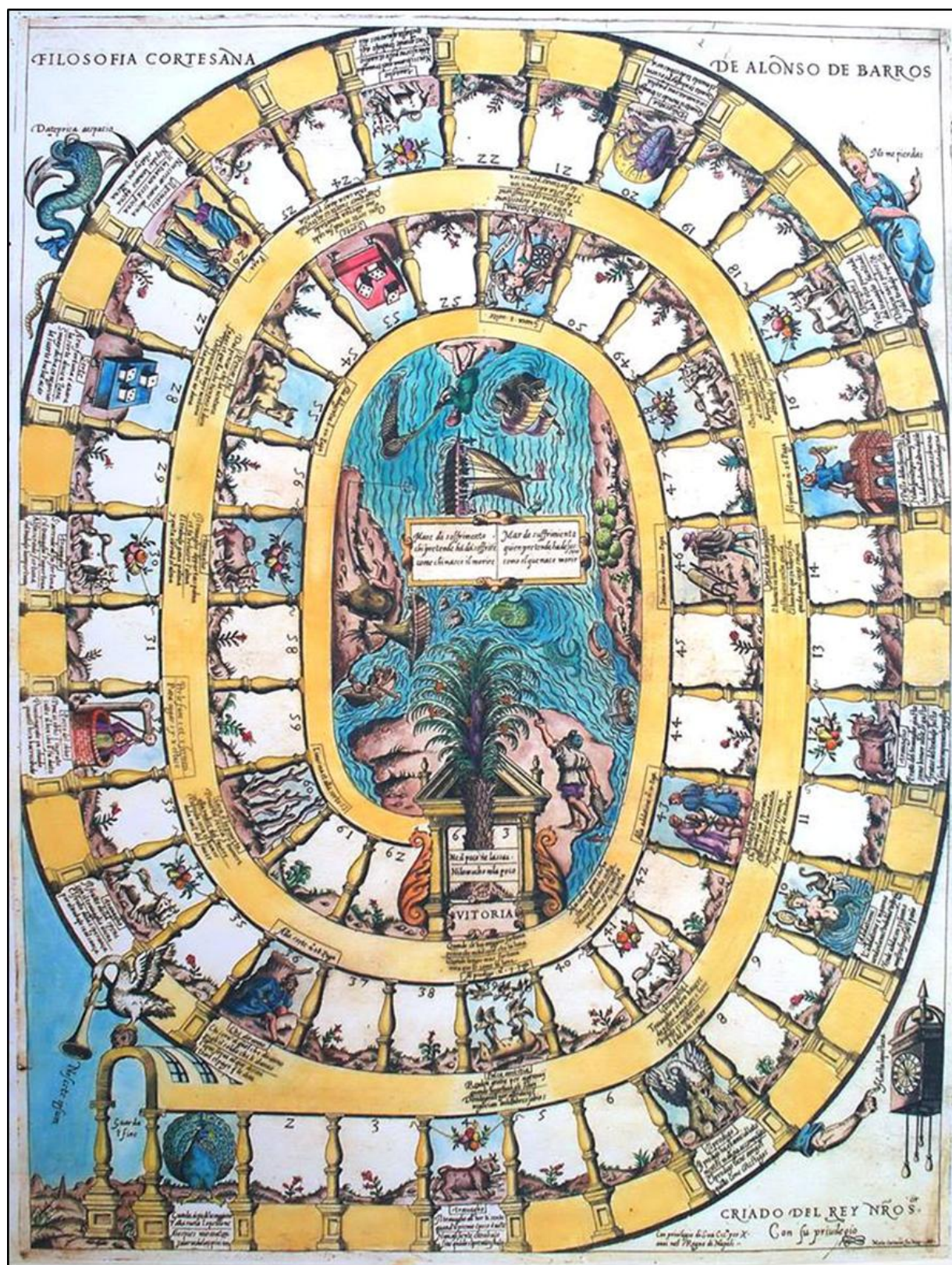
Álvarez-Ossorio, Antonio (1990): “La corte: un espacio abierto para la historia social”, en Castillo, S. (coord.), *La historia social en España. Actualidad y perspectivas*, Zaragoza, Actas del I Congreso de la Asociación de Historia Social, págs. 247-260.

Álvarez-Ossorio, Antonio (1998): “Las tierras y los hombres del rey”, en Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V (ed.), *Felipe II: Un monarca y su época*, Valladolid, Museo Nacional de Escultura (Palacio de Villena), págs. 81-89.

- Álvarez-Ossorio, Antonio (1998-1999): “Rango y apariencia. El decoro y la quiebra de la distinción en Castilla (ss. XVI-XVIII)”, en *Revista de Historia moderna*, 17, Alicante, págs. 263-278.
- Blanco, Emilio (2003): “Introducción” a *Oráculo manual y arte de prudencia*, Madrid, Cátedra Letras Hispánicas, págs. 15-73.
- Canterino, Elena (2001): “Gracián y el *Oráculo manual*: de los medios del arte de la prudencia y de la ocasión”, en *Eikasia. Revista de Filosofía*, año V, 37, Valencia, Universidad de Valencia, págs. 151-167.
- Cerezo Alberdi, Miguel (2011): “*El discreto Galateo*: Cortesía, discreción, disimulo y medro social en la obra de Lucas Gracián Dantisco”, en *Cuadernos de Historia Moderna*, 39, 2014, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, págs. 37-57.
- Díez Fernández, José Ignacio (2007): “Gracián y la utilización de sus fuentes: deconstrucción e integración del *Oráculo manual y arte de prudencia*”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 25, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, págs. 33-55.
- Egido, Aurora (1997) “Introducción” a *El Discreto*, Madrid, Alianza Editorial, págs. 7-77.
- Lucero, Ernesto (2018): “Introducción” a *Filosofía cortesana moralizada*, Madrid, Ediciones Polifemo, en prensa, págs. ii-xliv.
- Márquez Villanueva, Francisco (1998): *Menosprecio de corte y alabanza de aldea (Valladolid, 1539) y el tema áulico en la obra de Fray Antonio de Guevara*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- Morreale, Margherita (1968): “Introducción” a *Galateo español*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, págs. 7-96.
- Neumeister, Sebastian (2005): “La discreción en Gracián”, en *Conceptos. Revista de Investigación Graciana*, 2, págs. 69-81.
- Quondam, Amodeo (2013): “Para una arqueología semántica de los libros de *institutio*: *El cortesano*”, en *El discurso cortesano*, págs. 3-58.
- Rallo, Asunción (1984): “Introducción” a *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, Madrid, Cátedra Letras Hispánicas, págs. 15-89.

Torres Corominas, Eduardo (2010): “*El Cortesano* de Castiglione: Modelo antropológico y contexto de recepción en la corte de Carlos V”, en José Martínez Millán y Manuel Rivero Rodríguez (coords.), *Centros de poder italianos en la monarquía hispánica (siglos XV-XVIII)*, vol. 2, págs. 1183-1234.

6. Anexo



Tablero de la *Filosofía cortesana* [Mario Cartaro, Nápoles, 1588]